

LUIS MONTAÑO

BRENDA BERENICE O EL DIARIO DE UNA LOCA



Gobierno del
Estado de Sonora

LUIS MONTAÑO
DIARIO DE UNA LOCA

Brenda Berenice o el diario de una loca

Luis Montaña

Epub, 2016

Gobierno del Estado de Sonora

Lic. Claudia Pavlovich Arellano. *Gobernadora Constitucional*

Mtro. Ernesto de Lucas Hopkins. *Secretario de Educación y Cultura*

Instituto Sonorense de Cultura

Lic. Mario Welfo Álvarez Beltrán. *Director del Instituto Sonorense de Cultura*

Mtro. Josué Barrera Sarabia. *Coordinador de Literatura y Bibliotecas del ISC*

Ave. Obregón No. 58, Colonia Centro

Hermosillo, Sonora, México, C.P. 83000

literatura@isc.gob.mx

Edición digital

Universidad UNILÍDER

Mtro. Félix Soria Salazar. *Rector de Universidad UNILÍDER*

editorial@unilider.edu.mx

Esta obra tiene el propósito de ser material de consulta libre y sin fines de lucro para todo público en general.



Desde hace más de un siglo los sonorenses se han interesado por investigar sus orígenes, escribir su historia y describir su cultura a través de la literatura escrita.

El Gobierno del Estado ha sido un aliado en la publicación de estos trabajos. Así lo demuestran los libros de historia regional editados en las primeras décadas del siglo XX, el trabajo editorial en la era de Abelardo L. Rodríguez y la admirable labor del Dr. Samuel Ocaña al reeditar obras imprescindibles para nosotros.

Hoy es necesario acercar la literatura y la historia de nuestro Estado a un público que lee en nuevos formatos. Es por eso que la Biblioteca Digital Sonora ofrece de manera gratuita un amplio acervo de literatura universal y sonorenses, con la finalidad de difundir tanto obras clásicas como autores contemporáneos.

A través de la Biblioteca Digital Sonora el usuario podrá acceder, desde cualquier dispositivo en cualquier parte del mundo, a un banco de libros que irá en aumento.

Sirva este esfuerzo para dialogar con nuestros antecesores y al mismo tiempo estar a la vanguardia editorial.

Una firma manuscrita en tinta que parece decir "CPA".

Claudia Pavlovich Arellano
Gobernadora de Sonora

*Que no me quiera Favio al verse amado
es dolor sin igual en mí sentido
más que me quiera Silvio, aborrecido,
es menor mal, mas no menos enfado.*

*¿Qué sufrimiento no estará cansado
si siempre le resuelven al oído
tras la vana arrogancia de un querido
el cansado gemir de un desdeñado?*

*Si de Silvio me cansa el rendimiento
a Favio canso con estar rendida
si de éste busco el agradecimiento
a mí me busca el otro agradecido.*

*Por activa y pasiva es mi tormento
pues padezco en querer y en ser querida.*

Sor Juana Inés de la Cruz

Querido diario:

Llegamos a México un jueves de noviembre como a las cuatro de la tarde. Era un día frío, nublado, como todos aquellos en los que han ocurrido las cosas más importantes de mi vida. La impresión que me llevé con la cantidad de gente que había en la central de autobuses, fue muy grande, pues debes saber que ésa era la primera vez que viajaba fuera de mi estado.

En aquellos momentos tuve miedo, me sentí como niña desamparada. Ahí estaba con mis ropitas de viaje y sin savoir a ciencia cierta qué sería de mí. Claro que en aquel entonces sí: te he de ser sincera, yo me sentía como toda una mujer casada y protegida por mi hombre. ¡Ilutsa de mí! Pero aun cuando no lo quieras creer, yo suponía que iba a pasar toda mi vida con Iván ¡qué ajena estaba a lo que el destino me deparaba! Alguna vez, querido diario, tendrás el gusto de escuchar mi vida hecha radionovela, y con una voz como la de José Antonio Cosío.

Buena, pues Iván, más conocedor de la megalópolis (¿te fijaste en el detalle de la palabra?) compró el periódico y nos pusimos a buscar dónde vivir. Por un momento sentí lástima de nosotros al ver que estábamos ahí, sentaditos en las espantosas sillas de fibra de vidrio, con el pelo como de fritan güeras y deseando rabiosamente una dusha. Tuve ganas de llorar, pero Iván se veía tan seguro, tan confiado, que no me quedó otra que apechugar, y para pechuga la mía. Él me acariciaba la cabeza y me decía que todo iba a salir bien. La gente que pasaba a nuestro lado nos miraba muy raro, y una vieja gorda, prieta como diabla, se levantó muy molesta y nos dijo maricones. Estuve a punto de ir a cachetearla por atrevida pero Iván no me dejó hacerlo. ¿Sabes una cosa querido diario? en aquel entonces yo todavía tenía algo de brava pero con el tiempo hasta eso perdí.

Al fin localizamos el anuncio de una habitación por la colonia Doctores y ahí te vamos. ¡Qué pina, qué pina! pero una debe contar lo que vivió y ser fiel aunque sea en eso. Y aun cuando me veas muy sofis ahora, viví en la Doctores, en una calle tan espantosa que hubiera asustado a la misma jorobada de Notre Dame.

El edificio era horrendo, oscuro y de dos plantas. Abajo, en un sólo cuarto, vivía el portero: un viejo libidinoso que había abandonado a su familia, y ahora se conformaba con tapizar las paredes con las fotografías de encueratrices y viejas empelotas que recortaba de las revistas gringas. ¡Fo! Él salió a recibirnos y nos miró como pensando que iba a tener sus orgías gratis; yo creo que por eso nos aceptó el muy cochino.

La parte superior se conformaba sólo de dos cuartos. El que rentamos daba a la calle y tenía un balconcito como de metro y medio, muy espantoso también. Al entrar me sentí desolada, pero pensé que no siempre iba a ser igual. Los días siguientes estuvimos muy atareadas limpiando el lugar, pues una cosa es que estuviéramos muy pobres, y otra que fuéramos sutcias.

Una noche, tocaron a la puerta. Yo leía el periódico buscando empleo. Al abrir, me encontré con una cosa muy rara: una mujer de cara maravillosa y cuerpo de pelota, pero de esas enormes que sacaron últimamente. Era nuestra vecina y se llamaba Nora. Ese fue el inicio de una amistad que dura hasta la fecha. Déjame que te cuente: Nora era prostituta y trabajaba por las noches fichando ¡qué divina! Como te dije, vivía al lado, en otro cuartito que le servía de todo. Al fondo estaba su cama, por supuesto que de paquete de muebles coloniales; una camita individual donde dormían sus dos niñas: Lluvia y Brisa. Nora nunca supo quién fue el padre de sus hijas y eso la traumaba. Continuando con el relato, junto a la puerta de entrada tenía una estufa, y cerca de la ventana su tocador; éste se encontraba saturado de pinturas, pelucas, pestañas, y todas las chucherías que ella compraba los domingos en el tianguis que se instalaba en la calle de enfrente.

Nora enloqueció con nosotros, y tarde tras tarde nos llevaba algo de comer y se quedaba a platicar. Ella era huérfana y había estudiado en una escuela de monjas pero toda su vida quiso ser prostituta; era así que cuando las monjitas preguntaban a las niñas qué querían ser de grandes, Nora y su hermana respondían que putas. Ella aseguraba cuando la conocimos, que de no haber sido puta, se habría sentido frustrada ¡qué cosa!

Nuestra habitación la arreglamos lo mejor que pudimos. Como Iván era muy hacendoso, confeccionó cortinas, elaboró cuadros muy artísticos, y consiguió un ambiente casi agradable. Pero bastaba salir para, que toda la miseria del mundo se te enrollara como boa de plumas; en el barandal de la escalera olía a orines porque. Nora dejaba ahí los calzones sucios de las niñas, y luego la calle siempre estaba saturada de basura. No hubiera sido nada extraño, que algún día me encontrara a una parvada de ángeles miserables como perros o mendigos, hurgando entre los papeles. Nuestra buena suerte no nos abandonó y los dos conseguimos trabajo muy pronto; Iván en Salubridad, y yo en una tienda de ropa, donde tenía que mirar directo a los ojos del cliente para que comprará.

Empecé a perder el miedo y a disfrutar más mi relación con Iván. ¡Ay querido diario, qué lindo tiempo! Te juro que sólo vivíamos para hacer el amor. Bueno, era una desesperación aquella, que parecíamos ninfas ninfómanas e insaciables: Yo sentía querer mucho a Iván pero era medio caprichosilla, y él se aguantaba porque estaba loco con mis encantos y mi efébrica belleza.

Tiempo después se presentaron algunos problemas porque el portero, cogió la costumbre de ir a tocar nuestra puerta por la noche, y sin ser invitado se metía. Borracho y lujurioso nos hacía insinuaciones mientras se agarraba su asqueroso pito. Era un verdadero triunfo correrlo. Por otra parte, Nora nos atosigaba con sus aventuras de puta.

En alguna ocasión tuvimos que llevarla de emergencia al médico porque en la calentura, se fue con su hermana cerca del Colegio Militar, y ya sabes, lo que sucedió. Para ese tiempo ya habíamos ahorrado un poco de dinero y nos mudamos a la colonia Roma, la misma colonia del Vampiro. Déjame decirte que a mí nunca me salió el tipo; yo creo que porque nomás le gustaban las vírgenes. ¡Imagínate, Brenda y el vampiro! y como probó sangre de la impura entre las impuras, el vampiro... piró. En fin, él se lo perdió porque varias cosillas pude haberle enseñado. Querido diario, vieras como alucino con ese vampiro, y es qué Luis Zapata lo describe tan cachondo, tan terrible, tan cabrón en pocas palabras, que creo sinceramente que yo lavaría y plancharía ajeno por él. Pero que tinta soy, si no has leído El vampiro de la colonia Roma, pues

no puedes saber de qué hablo. Remítete al citado volumen porque me da flojera platicarte de qué se trata.

Continúa la relata. Perdona que a veces desvaríe, pero ye sabes que soy muy difusa. Bien, instalamos nuestro departamento en la Roma. Era un departamento en la planta baja, oscuro, húmedo, y capaz de marchitar, hasta a la flor más bella del ejido, pero yo me sentía realizada. Tenía estancia comedor, una cocina tan pequeña que el refrigerador quedaba enfrente de la estufa y para poder cocinar, yo tenía que entrar de ladito, con una pierna levantada y la otra en punta (parecía Nadia Comaneci). Dos recámaras descarapeladas por la humedad y un baño de azulejos verdes. Lo amueblamos como pudimos, aprovechando las cosas que nuestras amigas, las ricas, desperdiciaban. A los dos meses compramos una gatita siamés de nombre Samanta, y quedamos instalados en gran familia. Familia formal con una hija. Y no solo eso, además teníamos sirvienta que iba cada martes a lavamos la ropa y a hacer limpieza.

Por las mañanas nos levantábamos muy temprano. Entre los dos preparábamos el desayuno; luego yo me arreglaba el rostro limpiándolo con gránulos de Helena Rubinstein. Me aplicaba una mascarilla elaborada a base de productos naturales, hacía ejercicio para mantenerme como una sílfide, y partíamos cada uno a sus actividades: Iván al hospital y yo a la tienda para después ir a la escuela. ¡Ay, pero si había olvidado decirte! Entré a la escuela de letras, muy fifiris nice, yo. Creo que gracias a eso me convertí en la ramera más culta de latinoamérica. Y ahí me tienes querido diario, estudiando historia del arte, español y latín; aprendiendo a darle una forma redonda a mis labios para decir ou en francés. Claro que yo como el teflón, no se me pegaba nada, pero era muy mono sentirse medio hegeliana. Fue esa la época cuando me dio por escribir sonetos; más ni menos como el título del libro de Pita Amor. Por las noches regresaba al departamento y mientras esperaba a Iván, veía las telenovelas en las que invariablemente Bertita Moss, tan divina, salía de mala. En ese entonces Iván se portaba sentsacional, si hasta parecía la mera verdad. Con decirte que en una ocasión pasamos frente a una iglesia donde una pareja se casaba y nosotros aprovechamos la ceremonia para jurarnos amor eterno. ¡Querido diario, qué cosas tiene la vida!

*Qué cosas tiene la vida Mariana
cuando más alto volamos
nos duele más la caída*

Esa canción de Alberto Cortez es preciosa, como que la comprende mucho a una. Pues sí, la verdad es que estábamos muy tiernitos en estos menesteres, tanto Iván como yo: éramos unas criaturas que apenas despertaban a la vida. Nada de bares ni de ligues, estábamos muy cómodos viviendo el uno para la otra. Recuerdo que todavía me impresionaba mucho visitar la casa de Violeta, porque era muy hacendosa ella y se la pasaba todo el día haciendo monerías para su hogar. Tenía la sala repleta con fotografías de Marilyn Monroe, Dolores del Río, María Félix, James Dean, Leticia Palma y no sé cuántas joterías más. Su amigo, el de Violeta, a eso de las once de la noche se volvía histérica como mujir loba y nos corría a todas las visitas.

Querido diario, llevando esa vida de tranquilidad se me fueron dos años más y de pronto que todo se me empieza a confundir, loca me quería volver. Y es que Iván, por no sé qué raras jugadas del destino, cambió. Ahora supongo que lo que ocurrió simplemente, es que ya estaba hirta, o que su alma de puta no lo dejaba en paz. En una fiesta que dimos conoció a un tipo que le faltaba mucho para ser mujir y más para ser una dama; muy fea por cierto. Buena, no era tan, tan fea... tenía después de todo su nariz, su boca... En la reunión, yo muy propia actuaba como anfitriona llevándole a la tipa comestibles y bebestibles pata que quedara encantada, pero la muy perra se quedó con mi marido.

Querido diario:

O yo soy muy tonta para comprender, o el mundo está mal. No entiendo nada, pero lo que es nada. ¿Puedes concebir que alguien no acepte la belleza masculina? ¡Ay que maternal me vi con eso de concebir! Mira, si le preguntas a un hombre si le gusta otro hombre, aterrado contesta que no, se pone furioso, lo ofendes, en pocas palabras, porque atentas contra su integridad. Y yo me cuestiono así toda objetiva y tranquila si no pueden ver lo mismo que yo. ¿Me estaré volviendo loca? ¿Cómo negar el color de ojos que tienen algunos hombres? ¿Y esas naricitas tan rectas, tan clásicas, tan bien hechecitas? ¿Y esos labios a veces carnosos, a veces duros pero de cualquier manera bellos? Y Dios, ¿es que están ciegos —digo yo—, para no aceptar las formas tan frutales, tan exquisitas de un par de nalgas entalladas armoniosamente por un pantalón Sergio Valente, Pierre Cardin, Jordache, que son hechos ex profeso? El Instituto Nacional del Consumidor me va a ahorcar por esto, pero no lo puedo evitar. Y es que me da muina que la belleza del hombre se haya negado por tanto, tiempo, al grado que muchos de ellos ni siquiera están conscientes de lo que tienen, ni de todo lo que pueden disfrutar.

Todo esto te lo platico porque hoy tuve un incidente muy bochornoso: fui al teatro y en el vestíbulo vi a un hombre que hubiera enloquecido a la misma Emma Bovary. Lo miré, me miró. Estuve muy pendiente del lugar que iba a ocupar, y cuando dieron la tercera llamada, corrí a sentarme junto a él. Me sentía nerviosilla, con miedo, porque mi experiencia no alcanzaba para descifrar su mirada. Apenas apagaron las luces mi piernita comenzó los trabajos previos; se acercaba a la suya, se retiraba, temblaba, insinuaba, se enroscaba, coqueteaba. De pronto sentí un apretón espeluznante en el brazo; casi me lo destroza “¡Cabrón, te sales o te saco ahora mismo!” Lo vi a la cara, igualito a Rolanda la Rabiosa. Yo no podía hablar de la impresión. “¡Qué pasó cabrón! ¿No me oíste o quieres que te saque a madrazos?” Lo dijo tan serio que no me quedó otra alternativa que tomar mi bolsita y salir discretamente. ¡Imagínate si me hubiera golpeado! ¡Qué escándalo Sr. Conde! Ya ni siquiera quise ver a Ofelia Medina con lo divina que es. Me sentía muy depresosa y depredada. ¿Por qué, querido diario, si yo quería darle caricias y cosas buenas me responde así? ¿Es que las caricias no son bellas? ¡Ay, ahorita bien podría ganarle a Libertad Lamarque con el dramón! Pero es que no entiendo nada, aunque creo que lo que sucede es que él estaba muy consciente de qué tío sabe hacer el amor; lo hace como Dios le da a entender, y el enfrentamiento con el gay siempre tan buscador, tan sofisticado en esitos menesteres, pues no resulta fácil. De cualquier forma tengo muchas ganas de chillar.

Querido diario:

Observa lo que registra el pequeño Larousse:

Jota: f. (lat. iota). Nombre de la letra j. Cosa muy pequeña: No le falta una jota. No saber una jota, ser ignorante. No ver una jota, no ver nada.

Jota: f. baile popular de Aragón, Navarra y Levante. Tañido que acompaña dicho baile.

Jota: f. Potaje de bledos y verduras con caldo.

Jota: f. Amer, ojota.

Joto: m. Col. Maleta, lío. adj. méx. afeminado.

Y ahora resulta que somos una cosa muy pequeña, ignorante y que a lo más que llegamos es a un caldo de bledos con verduras. ¡Caldo el que voy a preparar yo!

Querido diario: si yo fuera sapientosa de las letras, ¿cómo quedaría?

Jota: Dícese del joto que ya perdió toda concepción de los límites. Hombre de grandes vuelos.

Jota: Ad. ser que nació con órganos sexuales masculinos y que a la fecha puede o no, tenerlos. No es precisamente una mujir aunque en ocasiones presenta el comportamiento de ésta, pero elevado al cubo, especialmente aquel que resulta chusco.

Joto: Masculino de jota.

Jotería: Comportamiento divertido del joto. En ocasiones los machos hacen más joterías sin darse cuenta.

Joto: Hombre feliz.

Jotear: Ridiculizar situaciones; dramatizar hechos cotidianos; burlarse; soñar; encontrar el merengue de la vida.

Lilo: Sílfide color violeta.

Desviado: Ser que requiere compostura: Esta se realiza según el punto de vista.

Pervertido: Hombre que sí sabe hacer el amor.

Loca: Mujir en continua efervescencia.

Bicicleta: Medio de transporte. Dícese de aquel que pedalea en ambos sexos.

Buga: Hombre que reprime sus deseos homoeróticos. Ser incapacitado para disfrutar de todas sus potencialidades. Macho.

Buga mata locas: Aberración de la naturaleza. Aborto vomitivo.

Mujercito: Pulgarcito joto. Expresión despectiva de los bugas inseguros.

Maricón: Mariposa macho muy grande: mariposón. Especialista en las ciencias del hombre.

Desvarío: M. delirio, locura: un ligero desvarío. Fig. cosa fuera de razón, desorden: los desvaríos de una imaginación enfermiza. Fig. monstruosidad, capricho, cosa inaudita. Brenda Berenice.

Nunca, querido diario, nunca ingresaré a la Real Academia de la Lengua Española.

Querido diario:

Todavía me siento enferma por lo que sucedió. Para poder sanar de mi trauma decidí visitar al psicoanalista aunque me obligue a acostarme con él, porque ya ves con la fama que tienen, una ya no sabe a qué atenerse.

Ocurre que ayer fue el cumpleaños de Mónica. Los años no pasan para ella... todos se le quedan encima, aunque la mujer jura que sólo son quince primaveras y que está llegando a la edad de la ilusión. Preparó una cena sólo para las íncrimas y se pasó el día haciendo comida y postres con recetas que heredó de la abuela. Para no ser criticadas acudimos con los mejores trapitos. Déjame que te cuente porque yo iba como si me fuera a tomar la fotografía para mi pasaporte internacional. No. La verdad es que iba como si fuera a ser mi debut en teatro de ciencia ficción. El modelito que portaba era una falda rosa tan pequeña, que hubiera servido perfectamente para Pulgarcito; la blusa con escote en V, se ajustaba con un cinturón dorado como el que saca linda Cárter en la mujir maravilla. Me veía sensacional. Para completar el look, me armé una tiara con perlas del Caribe que el año pasado me regaló Federico.

La Mónica no se quedó atrás, estaba radiante en sus quince años. No creas que se puso vestido de flan como el que usan las quinceañeras que festejan su aniversario en el salón Chapultepec de la Colonia Roma; todo lo contrario. Lucía un traje de noche con motivos dorados y muy propios para la ocasión. El vestido recordaba las túnicas griegas en tiempos de la invasión macedónica, cuando Alejandro iba en busca de aventuras. Yo no sé por qué pero siempre quise trabajar de animadora en los desfiles de modas, pero creo que no se me dio.

La Chiquis llegó en full oriental como una verdadera Geisha, y la mamá Grande con un modelito muy raro que de frente parecía monja, y por atrás Chanoc; la Cuquis Ballesteros se veía muy mona también, de chanel y turbante. Bueno, como ésta no es reseña de modas y tampoco quiero atosigarte, continúo.

La *fête* estuvo agradabilísima pues cada una de nosotras hizo alarde de virtudes, y hasta la Chichi, con lo gorda que está, bailó una polka psicodélica para recordar los buenos tiempos. A las dos de la mañana ya nos sentíamos muy lentos que viene del latín contentas. Fue entonces que surgió la idea del minúsculo cerebro de Coquena: propuso ir a compartir unos momentos con la Sulfurosa y la Nacarada. Ellas son muy chistocitas; pobres pero chistocitas. Sin avisar a nadie, Mónica, Coquena y yo, salimos de la fiesta. Y ahí te vamos como beldades griegas rumbo a la Colonia Cuauhtémoc. La noche era lindísima, propia para una canción de Agustín Lara, y todo se veía tan tranquilo, que nunca lo hubiera imaginado.

Estacionamos el coche cerca de la embajada gringa y caminamos hasta la calle de Tigris. Ahí, en la esquina, estaban paraditas la Sulfurosa y la Nacarada, instaladas en Bad Girls y echando los perros a cuanto coche pasaba. Apenas nos vieron lanzaron un grito y corrieron a

saludamos. Si te digo que son muy monas, ellas. Quedaron fascinadas con nuestros trapos y hablaban hasta por los codos. Déjame decirte, querido diario, que la Sulfurosa ya me tenía atarantada con sus perjúmenes de mujir, pues insiste en hacer extrañas mezclas de colonias baratas, que según ella, tienen la virtud de atraer a los hombres.

La Nacararada por su parte, inspiraba más lástima que admiración. Esa noche, lucía un vestidito tan deteriorado que bien le hubiera servido para la representación de quinto patio en el teatro Blanquita. ¡Qué Maquiavélica me vi! Es seguro que te preguntarás, querido diario, qué hacíamos ahí. La verdad que no recuerdo muy bien dónde las habíamos conocido, tú sabes que hay hechos que la memoria no registra muy bien. El caso es que de alguna manera las apreciábamos y de cuando en cuando íbamos a su esquina para saludarlas. El simple hecho de verlas resultaba muy excitante porque formaban parte de un mundo muy fuerte; representaban algo así como los fantasmas de mi personalidad oculta.

Buena, pues ya teníamos veinte minutos de estar chacoteando sobre el tema de siempre cuando se estaciona frente a nosotras un carrazo; láctico. Frías nos quedamos pues era posible que ya hubiera llegado el embajador de Felos por mí. Pero qué horrenda sensación cuándo vi qué los gorilas, los nietos directos de King Kong descendieron del coche. ¡Me quise muruar de la susta! Feas y malas nos sacudieron, estrujaron, esculcaron y manosearon. Después, peor que si fuéramos guerrilleras, nos encaramaron en el carro encantado y ahí se va el ramillete de diosas una arriba de la otra, hechas nudo ciego, con rumbo a la procuraduría y sin escalas. Mi pobre corazoncito parecía solírseme de los pechos por tanto miedo que sentía, pues aunque no lo quieras creer, nunca me había pasado algo feo en el ambiente. Los pelados que nos recogieron ya desde entonces iban diciendo cosas horribles a las que una dama, una señora decente como yo, no está acostumbrada. La Sulfurosa y la Nacarada, por ser su pan de cada día, iban como si las llevaran al baile o a un coctelito. Yo rezaba y rezaba *La Magnífica* con una fe que hubiera impresionado al mismo Santo Job.

Llegamos a la procuraduría a las dos treinta y cinco de la madrugada. Entonces vi que por poco habían levantado a todo el D. F. y puntos circunvecinos. Aquella estaba pior que los panamericanos, y fíjate que no digo el concurso de Miss Gay, pues erróneamente podría pensarse que al evento sólo asistían mujires. Nos ordenaron en fila como si fuéramos cosas, y una tras otra pasamos a identificarnos a la oficina del comandante. Yo tenía ganas de llorar como una niñita desamparada, pero la propiedad está antes que todo, y no les di el gusto ¿Y qué crees querido diario? que cuando me preguntaron mi nombre pues no me creyeron lo de Brenda Berenice y tuve que hacer desafortunados esfuerzos para recordar que allá lejos, sobre la pila de agua bendita, me habían llamado Gerardo.

Después de que todos proporcionamos nuestros nombres, nos alinearon de nuevo, pero ahora agarraditos unos a la cintura de los otros, igualito a los elefantes en el circo cuando se prenden de la cola. Nos llevaron al edificio que está en frente de la procu donde hay celdas y rejas y ¡ay qué horror! ya me veía repitiendo la historia del apando en una segunda versión, yo que estoy destinada a los grandes triunfos. Así, sin soltarnos, llegamos al edificio que te digo. Estaba lloviendo. Subimos una escalera de veinticuatro escalones y llegamos a los pasillos que quedan entre las celdas. Entonces vi que ahí estaba la otra mitad del D. F. Me quedé azorada. Yo no

sabía sí llorar o cantar pues había tantos pero tantos machos, que de inmediato me comenzó el furor uterino, sólo que el miedo no me permitía expresarlo en todo su magnífico esplendor. Y es que la situación era tan rara. No querido diario, no seas chismosillo. Aun cuando te sea difícil aceptarlo, no dieron razón o justificación alguna de la detención. Esa fue la noche en que las ranas cantaron.

Poco después, llegaron tres gorilas para ordenar que todo mundo se quitara los cinturones y las agujetas. Luego supe que esto lo hacen para que no te vayas a ahorcar. Lo que ellos no saben es que de quererlo, yo bien puedo estrangularme con una de mis pestañas. Acto seguido, los muy cuzcos ordenaron a todos bajarse los pantalones y los calzones y hacer tres sentadillas. Uno de los pobres chicos con face de aterrado, no miró que justo atrás de él estaba el bote de la basura, y se ha puesto tal golpe en las nalgas, que hasta a mí me dolió. Nosotras, como no portábamos ni pantalones ni agujetas, nos quedamos ahí paradas tratando de abarcar con una sola mirada el espectáculo que se nos ofrecía.

Cuando más arrobadas estábamos ¡ay qué platónica me vi! nos condujeron a todas las chicas a otro de los pasillos. Te juro que los malditos perros nomás babeaban cuando nos pusieron sus manos encima, esculcándonos hasta los últimos pliegues del alma y haciendo caso omiso de la mirada número sesenta que les lanzábamos. Fue cuando nos avisaron que iban a hacer una lista de los detenidos y que después saldríamos.

Ya más tranquilas nos fuimos a reunir con el resto del grupo, y el ejército de machos comenzó a aullar, a reír, a decirnos de improperios. En ese momento odié ser tan propia pues lo único que lograba era complicarme la vida. En cambio la Nacarada ¡Ella estaba instalada en ella! Feliz la mujer mostrando a las hombres sus falsos encantos que se había armado con los ahorros de diez años, y con una boca de ramera peor que la que debió tener Celestina.

Por otra parte, querido diario, me impresionó mucho ver cómo un hombre de treinta y tantos años con aspecto de mecánico, se prendía de la Sulfurosa como lentejuela y le ponía una fajiza bárbara. No querido diario, ella no se inmutó; se sentía realizada como mujir de puerto. Era tanto el escándalo que traían nuestras amigas, que los gorilas tuvieron que venir para aplacar los ánimos. Ordenaron que nos sentáramos en el suelo porque todavía faltaba mucho para salir. Sentada como María pude contemplar el cuadro con mayor detenimiento: había toda clase de hombres inundando el ambiente con sus olores a macho. Unos lucían rostros cansados, y otros hacían esfuerzos por disipar los efectos del alcohol. Opté por las relaciones amistosas como corresponde, y sintiéndome Luisa Lane, me lancé a las entrevistas para escribir un artículo sobre el suceso. He aquí, querido diario, la clase de gente que habían detenido:

Dos inocentes meseros que después de haber trabajado doble turno, salían a esa hora de conocido restaurant de la Zona Rosa.

Un veterinario que llegaba de Tizayuca y al bajar del metro Insurgentes, encontró a un amigo con quien fue a tomar un drink.

Un maestro rural que al día siguiente salía a Chiapas para alfabetizar lacandones y decidió divertirse un poco aquel viernes, sin saber lo que el destino le deparaba:

Un enamorado que esa noche le había dado el anillo de compromiso a su novia.

Un chico guapísimo que trabajaba en el Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología haciendo estudios sociales.

Un estudiante de biología enamorado de las tortugas el muy cochino, habiendo tantas mujires bellas.

Dos chicuelos que habían escapado de los brazos de mamá esa noche, para disfrutar de la mundanal vida.

Buena, no esperarás que te describa a todo mundo porque sería muy cansido. Lo único que quiero es que veas cómo agarran parejo sin importarles la clase. En general eran personas que habían salido a divertirse. Es cierto que también había gente fea, pero eran los menos; lo demás pura gente decente... A las siete de la mañana, un gorila de esos que seguramente tienen el pitito subdesarrollado —causa de todos sus traumas—, llegó a gritarnos para anunciar que iban a pasar lista. Pensamos que ya habían terminado la relación y podíamos salir. Yo me sentía consadísima para esos momentos, pero la Sulfurosa estaba peor porque las zapatillas se las había prestado la Nacarada y no le iban bien. Muy lista tuve que ponerme para atender al nombre de Gerardo Urbiñón. Pasamos a otro pasillo una por una, conforme iban gritando nuestros nombres. Nunca entendimos de qué se trataba pues cuando terminaron de nombrar gente, los gorilas callaron; nos dejaron ahí como mujeres abandonadas.

Querido diario, qué desolación tan espantosa se siente, qué ganas de acercarte al comandante y decirle monamente: “Buena mujir, buena mujir, déjeme salir”. A las nueve de la mañana pensamos que era demasiado; pero ellos seguían sin decir nada. Ya todo mundo vencido por el cansancio y el sueño se había acomodado sobre ti suelo, y así como perros y perras dormitaban. Yo me recargué sobre la pared y traté de dormir un poco también. Fue ese el momento en que un muchachito con cara de árabe me dijo: “yo te conozco”. Reviví querido diario, en ese instante. Levanté mi ceja izquierda hasta el penthouse, me llevé una mano al pelo y en displicente le contesté: ¿sí? Resultó que era un amigo de la Mamá Grande y en fiestas varias me había observado, pero con eso de que en tales ocasiones siento que camino sobre nubes de hielo seco, pues no lo recordaba. Tenía unos ojos negros y grandes como Bambi, y reflejaba tanta ternura que de haber traído el ramo de azahares listo, lo saco en ese instante y me caso porque me caso. Muy caballeroso el chico, se quitó la enorme chamarra que traía y armó una especie de almohada para que yo descansara. ¡Ay, no quiero ni acordarme! no no no no quizá fue pesadilla porque no creo que haya vivido tal experiencia. ¿Me puedes imaginar con minifalda rosa de pulgarcita y tirada sobre el suelo? Me quiero muruar.

Observa el cuadro, querido diario: Primero un pasillo largo. A la entrada, todos los machos del mundo durmiendo su desamparo, impotentes en su fuerza bruta. Al fondo, recargada en una columna junto a la puerta del baño, Mónica con su espléndido traje de noche y luciendo una cara como nalgas de mandril, pues ya todo el maquillaje se le había corrido. Abajo de ella. La Nacarada durmiendo como leona, roncando como aserradero y ajena por completo al mundo. Junto a mí, en el suelo y a mi izquierda ¡Ay me vi como el Dr. I. Q.! La Coquena temblando como fosforerita; a mi derecha, Bambi enviándome ráfagas de ternura mientras me platicaba que lo habían atrapado saliendo del bar. Luego me sorrajó parte de su vida: vivía solo en México,

estudiaba biología y adoraba a las tortugas marinas. Pensé en ese instante, aterrada, que habíame confundido con caguama.

A las diez de la mañana escuchamos un grito espeluznante, largo y agudo. Entonces vi a la Nacarada rodeada de tres hombres y defendiéndose como perra. Yo no entendí qué había sucedido, el caso es que cuando llegó a mí, llevaba las medias hechas tiras y la blusa en jirones. Tuve miedo, querido diario, mucho miedo. Pensé en las cosas que cuenta la gente: que te violan, que te hacen esto y lo otro. Afortunadamente, como ya te dije, había mucha gente decente como una y dos estudiantes les reclamaron a los nacos abusivos. Ahí terminó el escándalo. Al mirar que yo temblaba como pajarito, Bambi se atrevió a rozarme las manos; después recargó su cabeza sobre mi hombro y yo tuve unas ganas terribles de ser mujir libre para amarlo. A las doce del día me comenzaron los horrores del hambre. Loca me quería volver cuando vi a los machos con caras de bolillos y huevos. La Sulfurosa se acuclilló a mi lado y estuve a punto de soltar el alarido por lo horrorosa que se veía; haz de cuenta madame Mim. “Me muero de hambre y cansancio, manita” —me dijo—. Se quitó las zapatillas para descansar un poco y entonces vi la fotografía de un hombre, maltratada y borrosa, en el interior del zapato. “¿Qué es esto?” —le pregunté—. Entre apenada y divertida me platicó que era la foto del galán que la traía inquietosa desde hacía dos meses; su lectora de cartas le había recomendado tal medida para conseguir el amor del hombre que deseaba. Totil que la ingenua de mi amiga, ya llevaba semanas con la foto del hombre en sus zapatos.

A la una de la tarde, ya todos se veían inquietos, nerviosos, con cara de mal cogidos. Yo me moría de sed y anhelaba como nunca un agua de limín o de torinja; o una copa de champagne o lo que fuera. Te juro querido diario, que sólo entonces comprendí a los cow boys que se perdían en el desierto de Arizona. Por suerte Bambi estaba junto a mí sirviéndome de apoyo. ¡Qué importante es la presencia de un hombre en la vida difícil de una mujir! Cuando estaba a punto de dar mis pataditas histéricas llegó otro políticia para anunciar como Heraldito tipo Carlos V, ella, que habían investigado y que al no tener antecedentes penales, dentro de una hora quedaríamos en libertad. Entonces di gracias a Dios y recé de nuevo la magnífica, con mucha fe y confianza. Pero Dios, no cabe duda que con ciertas especies de humanos te dio flojira concluir tu trabajo y les dejaste el cerebro más vacío que las bolsitas de nueces que venden las marías. Entonces empezó otra vez el ajeteo de mencionar a Cada uno por su nombre para pasar a otro pasillo. Yo me sentía como perra rabiosa y con ganas de convertirme en víbora para picarlos a todos. Imagínate querido diario, casi a trescientas personas encerradas injustamente y muertas de hambre.

A las dos de la tarde, cosa inconcebible, llegaron más detenidos; entre ellos una loquita que lucía una blusa de muchos olanes y que parecía europea, pero nada más en el olor. Lloraba aterrada, la pobre, sin importarle que el rimel de sus pestañas le manchara las mejillas porque seguramente no era water proof. A mí hasta el hambre se me patsó con el miedo pues corrieron rumores de que a algunos los estaban bañando con manguera de presión. No quise saber nada y me fui con Bambi a un rincón. Casi me desmayo en sus brazos cuando veo su semblante blanco y a punto del colapso; parecía que se había echado todos los polvos de arroz del mundo.

Tengo mucho miedo, Brenda —me dijo.

Yo lo tranquilicé porque para eso están las mujieres, para apoyar a su hombre cuando desmaya. A las tres de la tarde llegaron las changas con bolsas de la CONASUPO llenas de tortas; era un regalo de la administración. Y ahí nos tienes dejando la propiedad a un lado y devorando los bolillos embarrados de frijoles. ¡Era tan deprimente el espectáculo! Yo, acostumbrada a las ancas de rana, corazones de canarios de nueva Zelandia y carnes tártaras... Después del banquete había que reposar para evitar los horrores de la digestión. Querido diario, reza por los que están presos porque es lo más feo del mundo; te sientes como Prometeo encadenado y es peor que si te dolieran las muelas y los dientes juntos.

Después de la comida me invadió un sopor como el de la bella durmiente. Coloqué mi cabeza entre las piernas de Bambi y me quedé dormida. Entonces soñé a Iván. Lo volví a ver como aquella tarde cuando estuvo a punto de golpearme porque yo le reclamaba su abandono: lo veía por una calle muy sucia, y mientras caminaba, envejecía hasta llegar a ser exactamente como la Chávella, ni más ni menos. Me estremecí. En ese momento me sacudieron y lo primero que vi fue la cara de Bambi junto a la mía. “Despierta, Brenda, ya nos están llamando”. Entonces supe que a cada uno lo llevaban para un privado y le pedían dinero. Yo tenía tal angustia (porque olvidé decirte que estábamos incomunicadas y hasta las plumas nos habían quitado) que estaba dispuesta a darles mis joyas y zafiros todos si con eso quedaba libre. Pero en honor de la verdad, no me quitaron las alhajas, sólo anotaron lo que les podía dar. A las ocho de la noche nos fueron llamando de cinco en cinco. Conforme veía que iban saliendo, la angustia me carcomía sólo de pensar que por feas o malditas —ellas, no nosotras— nos fueran a dejar ahí todo el fin de semana. Aquello era más terrible que estar en las finales de Miss Universo.

Cuando escuché Gerardo Urbiñón, me pareció bellísimo el nombre. Rápido levanté mi manita “¡Aquí, aquí, aquí señor, aquí!” Nos pusieron firmes como a la picara recluta y a paso redoblado abandonamos el castillo de la pureza. Yo iba adelante: me seguían Mónica, la Coquena, la Nacarada, y por último la Sulfurosa. Bambi continuó encerrada. Cuando salimos al patio, quedamos empapadas por una lluvia estrepitosa. Mrs. Changa nos detuvo para pedimos el dinero que habíamos prometido. A punto estuve de dejarles la bolsa pero como era de piel de cocodrilo australiano, no me fue posible.

Querido diario: sublime fue el momento cuando salimos a la calle, me imagino que así se sintió Lázaro al resucitar. Mira, la acera se veía como un espejo que reflejaba las luces de los edificios, y la lluvia era tan fregca que incitaba tus sentimientos de bondad. Mis amigas parecían urracas borrachas quitándose la palabra una a la otra.

Decidimos esperar a Bambi en la esquina. No tardó en salir. Entonces, sin reprimir mi alegría le grité al tiempo que corría hada él con los brazos extendidos “¡Bambi Bambi!” Y él, al descubrirme hizo lo mismo: “¡Brenda Brenda!” Y yo otra vez “¡Bambi Bambi!” Querido diario, la distancia que nos separaba parecía eterna, infinita ¡Qué Descartiana me vi! Te juro que aquella escena nos salió mejor que la de “Amigos”. Al caer en sus brazos lloré de alegría y mis lágrimas se confundieron con la lluvia. Ya más tranquilos echamos a caminar por las calles de la horripilante colonia. Creo que parecíamos almas de prostitutas en pena. La gente nos veía y no encontraba ni qué pensar porque todo se les había comenzado a confundir. Invité a Bambi a

tomar una copa en mi casa y aceptó haciéndome una caricia en la barbilla. Seguimos caminando.
El pasado había quedado atrás, muy atrás...

Querido diario:

¿Dónde, dónde quedó la memoria? porque amnésica no soy, eso sí te lo juro. Y como cualquier humana debo tener memoria pero a veces no recuerdo. Es decir, no recuerdo si tuve memoria o si no tengo pasado ¡Ay qué extraña me vi! Ahora resulta que soy una mujir sin pasado, pero pensándolo bien puedo ser una mujir con un pasado tan oscuro que no se puede mirar. Creo que estoy borracha e incoherente pero permite que me explique: si te pregunto dónde quedó la memoria es porque siento que registra hechos que no corresponden a mí sino a otras personas, y que a fuerza de tanto repetir las grabaciones correspondientes, las he llegado a creer. Algunas de mis amigas dicen que cuando solté el llanto recién nacida, un espíritu femenino se me metió por la boca, pero yo más bien pienso que fue un espíritu joto o el de una loca que viene a ser algo muy distinto. Si te estoy volviendo loco, querido diario, no es culpa mía pues te tienes que poner muy listo. Mira, una loca es... ¿Cómo decirte? pues una poesía, una quimera, un sueño; es algo inexplicable para acabar pronto.

*Unas veces me siento como pobre colina
y otras como montaña de cumbres repetidas
unas veces me siento como un acantilado
y en otras como un cielo azul pero lejano*

¡Qué divina esa poesía de Mario Benedetti!

Buena, pero no quiero comenzar a divagar que es otro de mis defectillos. Querido diario, yo nací en provincia, allá en el norte del país, razón por la cual soy tan bonita. Tu sabes que la gente bonita del país nos llega del norte, por ejemplo, María Félix nació en Álamos, Sonora, y para muestra basta un botón. Si te platico estas cosas no es con el afán de atosigarte sino porque al transcurrir el tiempo, los historiadores tienen muchos problemas para llenar los huecos en la vida de una mujir famosa como una.

Hija de reina y nieta de general; hasta la fecha mujir de cuatro maridos y aventuras varias. Brenda Berenice me llamo por decisión propia, aunque alguna vez mis padres me pusieron Gerardo Urbiñón Campos. Imagina un pueblo pequeño próximo a la frontera con Estados Unidos y con gente que sin darse cuenta, imita las costumbres de los gringos; casas con techos de cuatro aguas, calles empedradas, comercios con productos extranjeros, y televisión que sólo capta los canales de Arizona. Ahí nací, querido diario, un día de sol radiante y fiestas en los cielos. ¡Ay, en serio que me siento como si empezara a narrar, la vida de una gran mujir! Buena, mi padre tenía una tienda de ropa muy mona, misma que compraba en los United States; de eso vivíamos. Él era un hombre alto, fuerte como un roble y de una mirada tan penetrante que siempre me impactó.

Muchas veces me he preguntado, querido diario, cómo es posible que un hombre tan macho, tan terrible e imponente, tuviera ese tipo de actividad. En cambio mi madre era un dulce, un malvavisco: alta, blanca, de una belleza lánguida y serena, muy parecida a la que yo reflejo cuando me disfrazo para interpretar el melodrama de Margarita Gotier, la dama de las camelias. Si te platico los chismes familiares no es porque interese mucho, sino porque las narraciones deben hacer hincapié, una especie de reverenda al pasado, y yo no voy a ser la excepción; por supuesto que no. Ya bastante tiene una con lo que ha vivido como para que también se le niegue el pasado.

La mía fue una familia común: un papá, una mamá y tres hijas, infantas diríase, porque aunque mis padres no lo quieran aceptar, yo fui una hija más. Todas éramos muy bonitas, muy blancas, muy producto del sueño y el encanto. Buena, te hablaba del pueblo... te decía que era muy especial: construido en lo más alto de una montaña, recogía los vientos como si fuera una canasta ¡imagínate, una canasta llena de vientos! Lo que más me gustaba de ese lugar, era que en invierno nevaba tanto que la nieve sabía hasta medio metro. Yo fantaseaba en esos días con nuestra señora de las nieves volando sobre él pueblo como una bruja, sólo que vestida de blanco. De aquí podrás concluir, querido diario, mi naturaleza etérea: los vientos y las nieves se conjugaron armoniosamente para integrar mi personalidad.

El pueblo, después de algún tiempo, más o menos cuando yo estaba en edad de merecer, se trasladó al oeste donde el terreno era menos accidentado. Mi casa se quedó allá, en el pueblo viejo. Para evitar que las habitaciones quedaran en desniveles incómodos, fue necesario construir sótanos de altura tan diferente que mientras algunos hubieran podido servir como recámaras, otros apenas si alcanzaban medio metro de altura y ya no servían para nada; a menos que los maridos de Blanca Nieves hubieran pedido posada. Estos sótanos fueron importantes porque constituyeron durante mucho tiempo el escenario de joterías varias, sobre todo las de Fernando, una amigüita que más tarde habría de ser una gloria del cine nacional. Bien, como suele ocurrir en estos casos, mi padre se quiso muruar cuando se dio cuenta que yo iba que volaba para bonita. Primero comenzó a mirarme muy raro, como si yo fuera una octopusy o el osito panda; después me agredía abiertamente obligándome a hacer las cosas que en nada iban de acuerdo con mi naturaleza delicada y espiritual. ¡Ah! porque aunque lo dudes, yo era muy espiritual desde aquel entonces.

Con la idea de que aprendiera a ganarme la vida, me llevaba desde muy chiquita a trabajar en la tienda. ¡Cielas! ¡En una tienda de ropa entre telas y lentejuelas! ¿qué podrá aprender? Por las noches, cuando regresaba, quería que hiciera ejercicio con él ¡agco de los agcos! Con decirte que hasta unas pesas me compró. A punto estuvo el hombre de echar a perder mi figura convirtiéndome en una monstruita, en una mujir hombruna, qué se yo. Por suerte que mi madre, siempre tan comprensiva, desde el principio comprendió todo y me defendía rabiosamente. Una noche escuché discutir a mis padres y me levanté sin que se dieran cuenta, eran como las doce. Mi padre, fúrico, le reclamaba a mi madre que estuviera criando hijos chuecos. Ella lloraba y decía que él veía cosas feas por su mente tan cochambrosa. Regresé a mi recámara sin entender aquello de “hijos chuecos”. Te juro, querido diario, que durante una semana me contemplé en el espejo para comprobar si crecía chueca; pero siempre me encontraba muy derecha, muy erguida

y salerosa. Entonces pensé que mi madre tenía razón: lo que ocurría es que mi padre, como mucha gente, necesitaba unos ojos nuevos para ver bien.

Querido diario:

En una cajita de madera laqueada estaban las fotos de cuando mi madre fue reina en el carnaval. Yo me pasaba las horas viendo esas fotos y armando en la imaginación aquel día. Mira, mi madre tenía unos ojos casi amarillos y era muy blanca. A mí me parecía bellísima. Ese día llevó un vestido muy ancho, muy de fantasía, y una corona que no era de brillantes precisamente pero que de cualquier manera brillaba mucho. Recorrió las calles del pueblo en un carro alegórico jalado por cuatro unicornios y según dice ella, todos aplaudían eufóricos a su paso, pues no podían creer en tal maravilla. En esa ocasión para su mala suerte, conoció a papá y ya sabes el resto.

Fue así, querido diario, como yo nací hija de reina.

Querido diario:

Hoy, a las once de la mañana sonó el timbre. Apenas lo pude escuchar porque Juan Gabriel cantaba enloquecido con el mariachi de Jesús Rodríguez. Se trataba del Cid Campeador, uno de mis entreguitos que más estimo porque después de las mil y una noche de amor que he tenido, puedo asegurar —segurísima yo—, que él es el único en todo México que sabe hacer el amor. Lo conocí varios años atrás, en un cine al que había acudido en compañía de su amante, un hombre muy cuero también, pero no tanto como él. Aquella noche, toda temblorosa yo supe del amor carnal entre tres personas. ¡Qué ingenua e ilutsa! El banquete de quirne que nos dimos fue aderezado con popers, vodka y mota. Yo sentía que después de aquellas faenas bien me podía morir. A partir de entonces tuve la certeza de que el Cid Campeador existía sólo por la virtud de mis pensamientos. ¡Ay, qué Descartiana me vi! Obvio decirte que desde esa noche, nos acostamos tres o cuatro veces al año para no aburrirnos, porque las cosas buenas se deben cuidar. Buena, pues llegó de jeans, tennis blancos y un impermeable azul. Me platicó, que iba de prisa porque tenía un compromiso pero que al pasar frente a mi casa, decidió saludarme. Yo también estaba apuradísima, no obstante le ofrecí café como buena anfitriona. Él no dijo nada, se me acercó despacito mirándome como a veces mira Sylvester Stallone, sin decir agua va, me dio una fajiza que tuvo el encanto de volverme loca, COMO TÚ verás. Ni los pantalones tuve tiempo de quitarme, nomás me los bajé hasta las rodillas. Después del torbellino de pasión patsó, él se subió los pantalones y me dijo que lo disculpara, se le hacía tarde. Me quedé atolondrada y un poco confusa. Juan Gabriel, indiferente al drama, seguía cantando:

*Ahora entiendo
hoy me di cuenta que fui una aventura
lo que quisiste lo conseguiste
y dijiste adiós; Ay, qué coincidencia! ¿verdad?*

Querido diario:

Escucha la canción de la alegría:

*Fornicador fornido
enorme animal pesado
cosota mole
mucho macho
ángel bestia
chacal chichifogañán bruto*

Fue un trailero alemán el que ayer en la noche me hizo ver mi suerte. 2.05 mts de estatura, 90 kilos, pecho velludo como el vellocino. ¿Lo puedes imaginar? tralalalalalala.

Querido diario:

No es que fuera bruja ni mucho menos, pero casi desde el principio, supe que Iván salía con el tipo de la fiesta. Fue entonces cuando se me confundió todo; la mujer confundida me volví y no entendí nada. Hubo cambios en su comportamiento: a veces lo notaba triste, en otras culpable; en ocasiones también lo veía entusiasmado, pero lo más terrible fue cuando surgieron las agresiones. Aquello era nuevo para mí, querido diario, y comencé a experimentar todas las emociones que Dios creyó convenientes para el ser humano: desde el amor sublime hasta el odio. Y siempre cargaba una tristeza peor que la que debió sentir Cristo al morir. Por supuesto que Iván y yo hablamos, al grado que las palabras nos asfixiaban casi y andaban por todos los rincones del departamento como trebejos originales, pero no nos entendíamos nada; haz de cuenta que estábamos sordas. Luego vinieron desprecios por parte de Iván y yo sentí que iba a morir. En una ocasión lo cuestioné al respecto y me contestó que efectivamente veía al tipo. Lo que resultó intolerable fue su decisión de llevar a su nuevo amante para coxer ahí, en el departamento que con tanto sacrificio habíamos armado los dos. Fue así como llegó el momento en que nos convertimos en dos extraños y pasaron meses sin que volviéramos a hablar, hasta que llegó la navidad. Iván se puso una guarapeta báquica tan impresionante, que tuve que llevarlo a su cama. Ahí lloró como una Magdalena y me dijo cosas tan inútiles como absurdas.

Querido diario, creo que yo hubiera ganado el óscar al mejor dramón de la temporada: ¡Corte de venas! ¡Acción! ¡Mujir apasionada! ¡Acción! ¡Caminatas infinitas con el corazón deshebrado por la tristeza! ¡Acción!

Me fui al departamento sin acabar de entender muy bien qué había sucedido, ni como se tiraban al bote de la basura, tantos y tantos años de experiencias juntos...

Querido diario:

Después de la ruptura con Iván, tuve que refugiarme en la casa de Violeta. Por cierto que se portó lindísima conmigo, fue mi klinex de lágrimas. Tratando de consolarme decía que las princesas no lloran, y yo le respondía que las princesas no lloran pero que las reinas .sí. Querido diario: supongo que tú nunca has perdido a tu diaria y por eso no puedes saber lo que se siente. Cuando una pierde a su hombre, sobre todo al que has amado, no hallas ni pa'donde jalar. No sabes si vivir porque la vida no te interesa, o si morir pues te interesa menos. No. La verdad es que estuve a punto de morir como la niña de Guatemala. Dejé la escuela y el trabajo y me dediqué a vivir mi depresión con ganas. Me enclaustraba como Teresa de Ávila en los aposentos de Violeta y me daban hasta las cuatro de la tarde sin salir, sin haber desayunado, fea y barbona. Te juro que si el representante de un circo me hubiera visto, me habría contratado para él espectáculo de la mujir barbona que se puso tan fea por ilutsa. Algunas noches salía porque ya no soportaba el encierro. Entonces me dedicaba a vagar como alma en pena con la imagen de Iván en el coco, sin despegárseme ni un solo instante. Todavía me asombra lo obsesiva que soy: ni un solo instante. Las calles de la Ciudad de México me quedaban chiquitas. Varias veces me contemplé en los cristales igual que Esther Fernández en la película Santa: pálida y ojerosa. Esa fue la época en la que por azares del destino, conocí al grupo de las Batichicas. Ellas no eran malas, “*simplemente eran mujeres sin hombre*”^[1]. Déjame que te las presente, aunque son muchas:

Manuel Mónica
Fernando La Dolorosa
Jorge Coquena
Pedro La mamá grande
Pepe Chiquis
Rafael Viridiana
Juan, Felipe y Arturo . . . Las tres gracias
Marcos Violeta

MÓNICA

Querido diario, te juro que el que nos puso *locas* no pudo haber encontrado otra palabra mejor. Decir Mónica y decir loca es la misma cosa, pero multiplicada por cien y dividida entre cuatro. La Mónica es indescriptible precisamente porque está tan loca. Es la historia misma pues ha pasado por todo hasta llegar a ser la mujir que es ahora. Hace tres años se operó y le quedó cuerpo de sirena; desde entonces está inaguantable. Claro que tiene tantos silicones que para

mañana se muere si no es que para ahora en la noche. La tonta de plástico, que así la hemos llamado por razones obvias, ha adquirido costumbres muy raras, de tal manera que cuando la llegamos a visitar anda atrás de nosotros con el cenicero en la mano o la aspiradora porque le ensuciamos su penthouse. Mónica se siente *femme fatale* porque los hombres le sobran; especialmente los taxistas, quienes, según ella, enloquecen con sus encantos. A raíz de la operación le ha ido muy bien, aunque tememos que algún día la maten de una pedrada...

LA DOLOROSA

Ella es licenciada en letras españolas y subsiste con el dinero que su talento literario le deja. Trabaja sólo en aquellas cosas que le permiten reflejar un mundo saturado de seres extraordinarios que según cuenta ella misma, no la dejan vivir. La Dolorosa es bella, sensible... quizá demasiado para mi gusto, pues las emociones la esclavizan de tal manera que se enamora de todo aquel que le dice palabras bonitas. Y ahí, tienes que cada quince días establece una relación diferente y cada quince días se muere y cada quince días renace. En los tiempos de tristeza se corta las venas, pero en los ciclos felices le nacen alas; entonces vuela tan alto que nos resulta imposible comunicarnos con ella. La Dolorosa es la única de todo el grupo que tiene más posibilidades de santificarse por la virtud de sus lágrimas.

COQUENA

Médico del centro médico. Tiene una obsesión enfermiza por los norteros y no escarmienta a pesar de que le han sucedido las cosas más inverosímiles. El año pasado le tomó la palabra a uno de ellos y se fue a Sonora para vivir con él. La muy ilutsa pensaba penetrar el jet set de Hermosillo, pero el macho ¡y qué macho! la mantuvo encerrada durante doce meses haciéndole tortillas de harina y carne machaca. Clara que la Coquena muy lista, aprovechó su especialización y abrió merenderos por toda la ciudad de México, donde además vende diversos jugos, hasta de hombre...

LA MAMÁ GRANDE

Lila es la más vieja del grupo: si no tiene noventa años, para mañana en la mañana los cumple. Es una verdadera mujerona nortera de 1.90 mts. de estatura y jota, jota como ella sola. ¿Puedes imaginar un metro noventa de joterías? La mamá grande deja frío a todo mundo pues la gente espera que hable como David Reynoso, y ella sale con la vocecita de la chilindrina, ni más ni menos. Se presenta como mujer del norte, ancha de cadera y muy paridora. Por otra parte la mamá grande es muy miedosa, no soporta la soledad ni a los ratones, motivo por el cual se la pasa de fiesta en fiesta, o te llega a las tres de la madrugada pretextando que tiene muchas ganas de saludarte.

CHIQUIS

Nunca hemos podido saber si ella es ángel, mujir, demonio o quimera. Su rostro, nuevo a fuerza de tantas operaciones, luce unas cejas que recuerdan mucho a los puñales árabes. La Chiquis sueña con ser actriz pero no lleva muchas posibilidades porque se siente galán. Alguna vez, tratando de ubicarla en la realidad, la ayudé a analizar: para películas románticas ella es mucho más bonita que Verónica Castro y que cualquier dama joven. Para películas de lucha libre, sería una máscara de maquillaje contra otra de tela. Por último, en las películas de charros, tendría que ir en el caballo, sentadita de lado. La temporada pasada, valiéndose de no sé qué raras artimañas consiguió participar en dos obras de teatro. En una de ellas entraba a escena arrastrando unos zuecos mientras pasaba una charola entre el resto del elenco: ahí terminaba su papel. Después comentó que lo difícil consistía en caminar con propiedad con ese tipo de zapatos. En la otra obra en que participó interpretaba a una de las horas saliendo del infierno; iba tan peinadita que más bien parecía que salía de un salón de belleza. Próximamente la llevaremos a *Increíble* porque está que ni mandada hacer para el programa.

VIRIDIANA

Es la más extraña de todas las Batichicas porque en las noches y ya en la intimidad se transforma. Ella, que es toda elegancia y formalidad en su trabajo donde cumple funciones de gerente, al amparo de las penumbras es otra: una mujir desesperada, ansiosa, flagelada por las escenas de un pasado que no puede olvidar. Querido diario, déjame que te cuente la historia de Viridiana y no me interrumpas; ella nació en Durango y según dice, fue violada por su abuelo en el granero donde guardaban la pastura para el ganado. Desde entonces y hasta que el viejillo libidinoso murió, ella cumplió las funciones de amante.

Viridiana tiene una obsesión terrible por el sexo y le encanta sentirse sometida, no lo puede evitar. Entonces llega a límites insospechados pues no has de creer que a cuanto chichito se lleva, le pregunta de qué color es el semen que le va a echar. La otra ocasión me llegó golpeada porque en los estertores del amour agónica, le preguntó al galán si le iba a dar hijos y aquel se enfureció. Por lo demás, Viridiana es toda una ternura...

LAS TRES GRACIAS

Sodorra, Godorra y Pedorra. Creo que cuando mis tres amigas nacieron, hubo temblores en la tierra y el sol salió por occidente. Su padre se quedó verdaderamente escandalizado cuando las escuchó llorar y estuvo a punto de estrangularlas porque no podía aceptar tanta agresión a su masculinidad. La comadrona que las recibió le vaticinó un destino complicado y violento. Fue por eso que su madre huyó con ellas a la Ciudad de México, y ahí crecieron como si fueran una sola persona. Aunque no lo quieras creer, querido diario, no pueden estar un solo momento separadas. Para mayor asombro déjame decirte que tienen los mismos sueños, las mismas pesadillas, los mismos sentimientos y los mismos amores. Ya te puedes imaginar los enredos que provocan cuando llega el momento de la ruptura, estallan en verdaderas crisis histéricas como de plañideras griegas y perfectamente sincronizadas, además. Claro que es más frecuente verlas llorando porque no es nada fácil para un hombre, amar a tres mujeres al mismo tiempo.

VIOLETA

Violeta es la propiedad en persona. Alta, guapa y de maneras delicadas. En más de una ocasión ha provocado disturbios pasionales para egcándalo de la opinión general. Como todas nosotras, desde muy pequeña dijo lo que iba a ser y desde los quince años se dedicó a estudiar los secretos de la moda y al buen vestir. Su familia, adinerada, rancia, la desconoció cuando provocó el divorcio de su hermana. Su ex cuñado, un alto funcionario de la banca, le puso un departamento en Polanco. Y era tanta la patsión que Violeta le inspiraba, que llegó el momento en que ya no quiso salir a la calle. Puso toda su fortuna en manos de mi amiga, y se dedicó a contemplarla olvidándose hasta de cumplir las funciones fisiológicas más elementales. Nadie pudo explicarse el extraño fenómeno, pero el caso es que el hombre enloqueció, y Violeta muy lista, se mando sacar un póster en tamaño natural. El hombre, tengo entendido, pasa los días enteros contemplando el retrato sin darse cuenta que la muerte aletea por arriba de su cabeza.

Querido diario:

¡Y pensar que sólo es un pedazo de carne!

Querido diario:

Si te he de ser franca, llegó el momento en que me sentí acorralada en mi casa. Por una parte, no soportaba a mis hermanas que aprovechaban cualquier pretexto para ofenderme; claro que ahora después de tanto tiempo, entiendo que era pura enviada... yo era mucho, pero muchísimo más bonita que ellas. Por otra parte, mi padre estaba cada vez más insoportable. Hubo una temporada en que no me dejaba ni a sol ni a sombra, encomendándome mil deberes; todos de macho, de buga, de mucho esfuerzo para mí. Buena, la pero no era eso, sino la escuela ¡ay qué horror! Todavía se me encuera el chino nomás de acordarme. ¿Cuántos años tendría yo entonces? No lo recuerdo muy bien pero una una chicuela. Yo veía a los niños como bichos que me iban a atacar. ¿Sabes que varias veces desperté con pesadillas? Los soñaba avanzando hacia mí y mostrándome sus dientes rojos, sanguinolentos, mascando todavía los restos de otro niño que habían devorado. ¡Y cómo diablos no iba a tener esas visiones si durante el día se lo pasaban agrediéndome! Querido diario, no es que me queje, pero son las cosas que le toca vivir a una. Lo que más pánico me daba, como ya es muy conocido, era la clase de deporte. A punto estaba de aullar cada vez que nos anunciaban el chistecito. Entonces yo me ponía toda desesperada porque tenía que elegir una actividad. Imposible jugar beisbol o basketbol, con lo brusco que son los muchachos, no, no, no, no, no. Yo escogía volibol, que era más propio para chicas pero ni siquiera ahí la hacía, pues lanzaba la pelota con tanta delicadeza que provocaba otra vez las burlas de mis compañeros. ¡Qué horrendo tiempo! Un día de estos me voy a hacer una cirugía plástica en la memoria para no volver a acordarme.

Buena, pues al final me harté de andar en la escuela, sola como perra, sin amigos ni apapachos de nada. Entonces, muy lista yo, me pongo a estudiar como desesperada y ahí te va Brenda Berenice a ocupar el primer lugar en todas las materias, y a servir de ejemplo para los burros. Yo me sentía soñada. No hubo poder humano que detuviérame en mi carrera y me puse a leer cuanto libro caía en mis manos para aprender mil monerías. Fue así como se iniciaron mis actividades científicas y tecnológicas, y adquirí más seguridad en mí misma. Esa, también, fue la época cuando la mujir que llevo dentro comenzó a manifestarse de una manera desconocida hasta entonces. La sangre de virgen se rebeló, querido diario, y me la pasaba todo el día como envuelta en velos de cachondez, de cosquilleos constantes, con ganas terribles de aparearme como bestia salvaje, con el primero que se me pusiera enfrente. Al mismo tiempo tenía mucho miedo pues no sabía ni qué onda. Despertaba por las noches hervorosa y caliente, inquieta y muy desesperada. Todavía en la oscuridad veía las imágenes que me habían despertado. Se lo comenté a Fernando y me dejó fría, pues resultó que la mujir que ya tenía toda, pero toda la experiencia del mundo y gozaba como enloquecida, mientras yo, me perdía en los nirvanos de la desesperación.

Querido diario, creo que hasta García Márquez se hubiera quedado frío también, con las aventuras de Fernando, pues de alguna manera le tocó vivir algo similar a la historia de la cándida Eréndida pero por puro plesir, porque él no tenía ninguna abuela desalmada que lo obligara, solo su jotería. Ocurre que Fernando, desde hacía cosa de dos meses, se iba por las noches a las barrancas que estaban a la orilla del pueblo; pero no se iba solo, juntaba seis o siete muchachos para hacer sus cosas. Lo platicaba con tanto desenfado que más bien parecía nuestra señora de la pureza. Todo parecía indicar que había resultado muy bueno en la cama (más bien en la tierra porque ni a cama llegaba) pues ya gozaba de una fama aceptable entre los garañones adolescentes.

Déjame que te cuente querido diario, aquella noche yo lo acompañé porque todavía no creía del todo. Salimos del pueblo como a las ocho sin que nuestras familias se enteraran. Después de haber caminado veinte minutos, llegamos a la barranca. Me acuerdo muy bien porque había una luna plateada, enorme, que iluminaba el paisaje con una claridad amarilla. Desde el momento en que llegamos Fernando se transformó y no volvió a hablarme, solo dijo que me escondiera y observara. Entonces, muy obediente yo, me refugié atrás de unas rocas gigantescas que parecían pastel y observé, tal como él me lo había pedido. Fernando ser vía muy rara. Se desnudó con movimientos muy lentos como si realizara un strip-tease para santos... como si estuviera temeroso de romper la armonía del campo. Cuando estuvo totalmente desnudo se tiró boca abajo sobre la hierba y se quedó ahí, quietecito, respirando muy lento y sin hacer ningún ruido. Yo tenía miedo, querido diario, pues aquello me parecía muy extraño. No sé cuántos minutos pasaron pero a mí se me hacían eternos. Fernando seguía ahí, sobre la hierba, y yo como idiota atrás de las rocas. De pronto escuché un ruido; puse atención y descubrí que un muchacho se acercaba despacito, igual que una pantera cautelosa. Las manos me comenzaron a sudar de una manera feroz. El muchacho, que nunca pude saber quién era, escrutó con la mirada los alrededores. Movié la cabeza repetidas veces y se acercó a Fernando. A la luz de la luna vi su perfil: ella bellísimo, querido diario, bellísimo. Esa cara se me quedó grabada para siempre; fíjate que en ciertas noches todavía la sueño. Buena, pues el garañón se bajó los pantalones con mucha prisa y sin decir nada montó a Fernando. Aterrada me quedé ante el espectáculo y sólo acerté llevarme una mano al pecho. Las dos figuras frente a mí, entregadas al amor con un fondo de campo anochecido; tenían todas las características del sueño. ¡Y qué bonito! Pero no no es todo, querido diario.

No supe cuándo pasó ni cómo, pero el caso es que ya otros tres muchachos rodeaban a la pareja y los observaban en silencio, mientras se llevaban las manos a sus vergas excitadas. Obvio decirte cómo estaba yo. Querido diario, qué horrible sensación, qué insoportable desasosiego... miedo y ansia... deseo y temor. De pronto tuve unas incontrolables ganas de chillar. El garañón se levantó de súbito, y Fernando continuó ahí. Entonces, otro de los chicos, seguramente uno de aquellos que nos gritaban cosas e improperios, también montó a Fernando y éste siguió impávido, inmóvil, como si leyera la escritura de la hierba. No soporté el espectáculo y salí de mi refugio con mucho cuidado para no ser descubierto. Regresé a mi casa aprisa y sintiéndome más enredada que una bola de estambre.

Querido diario:

Cuando decidí salir de los pantanos de la depresión, me dediqué a conocer tantos hombres que recorrí el santoral completo, desde Alberto hasta Zaúl, pasando por Betico, Carlos, Daniel, Efrén, Federico, Gerardo... pero no era lo mismo. Conocí tantas vidas y tantas historias hasta que llegué a concluir que era una sola repitiéndose hasta el infinito: caminas por la calle, ves a alguien con la mirada décimo quinta del repertorio, te responde con la mirada décimo sexta que pertenece al mismo género del encuentro, lo saludas con un ¡Hola! nervioso tratando de aparentar tranquilidad, y luego viene la letanía atosigante de preguntas: cómo te llamas, dónde vives, qué edad tienes, estudios o trabajas... Entonces te llevas un chasco por tonta porque unas más viejas que tú, salen con que todavía estudian y se sienten adolescentes.

Una vez, que aparte de sentirme muy triste, me sentía muy querendona, salí a ligar. No había caminado tres cuadras cuando vi al güero parado en la esquina de Filadelfia e Insurgentes. Me encantó por machotote. ¡Querido diario, lo hubieras visto! Te juro que estuve a punto de perder el equilibrio que con tantos trabajos mantenía sobre mis tacones del doce. En voluptuosa me acerqué para preguntarle si tenía hora. Pasándose la lengua por los labios mientras se agarraba discretamente el pedazo, el atrevido me contestó que tenía hora y una vasta experiencia en los manejos del amor. Nos fuimos a su cuarto de azotea que lo tenía por ahí, cerca del cine las Américas. La habitación era muy rara, toda tapizada de negro con adornos negros y sábanas negras. Por un momento pensé que había caído en las telarañas de la viuda negra y todo por cuzca. Empecé a temblar pero ya era demasiado tarde. El tipo de encueró hasta quedar en suspensorios color Sergio también. Yo giré mi brazo derecho y me llevé la mano a la boca exactamente como María Félix en Doña Diabla para no gritar, pues estaba cuerísimo. Entonces sentí que quería todo con él, todo, toda. Rauda y veloz dejé mis prendas para mostrar mis encantos, y cuando aspiré los popers que él me invitaba, pensé que al día siguiente iba a amanecer muerta de amour. ¡Ay Dios! Cuando ya me sentía naufragar por los nirvanas, sentí un chingadazo tan fuerte en las nalgas, que me las dejó ardiendo. Aterrada abrí los ojos para ver de qué se trababa y entonces fue que lo vi como el Zorro, o el Látigo Negro, pero en cueros. Llevaba antifaz de piel negra, brazaletes negros y un látigo enorme. Sin decir agua va y como poseído por el demonio, empezó a golpearme sin consideración alguna. ¡Imagínate, mi piel que fue hecha para las caricias! Urracca parecía yo gritando y corriendo por todo el cuarto para escapar al injusto castigo. Él gozaba como Nerón viendo arder Roma y hasta las expresiones de su rostro era siniestras. Me encaramé en el ropero y no hubo poder que me hiciera bajar de mi refugio. Entonces ocurrió lo increíble: el tipo cambió y comenzó a llorar. Yo me quedé perpleja subiendo y bajando el abanico de mis pestañas y sin entender lo que ocurría. El Látigo Negro lloraba inconsolable a mis pies, y me suplicaba que lo perdonara. Yo sentí que una no tiene

derecho a ser tan mala o tan dura de corazón y descendí de mi real estrado: nunca he soportado ver llorar a un hombre. Todo había sido un mal entendido y la noche era joven aún. Le acaricié los cabellos como si fuera un niño desamparado y reiniciamos el jueguito con besos salivosos. Después me tomó entre la musculatura de sus brazos ¡ay Dios, qué barroca! y me depositó en la cama. Al momento de besarlo, recordé a Barbarela cuando hizo el amor con un ángel en el nido que éste tenía en la montaña, y le di gracias a Dios por lo suertuda que era. Pero... ¡Horror de los horrores! ¡Maldita necedad humana! ¡Fugitivo escape de los sueños del deseo! El Látigo Negro me tomó del cuello y me sacudió como si fuera gallina. Sentí que moría de pánico, de terror, de todas las sensaciones escritas para el miedo. En la desesperación le pinté las uñas, pero en la cara, y salí corriendo. Por fortuna había varios trapos en la azotea y con ellos me cubrí. Ya en la calle, la genta me miraba extrañada.

Querido diario:

Es cierto que desde chiquita me encantaba la idea de verme en alguna ocasión como mujir, pero exceptuando dos o tres veces, no lo había intentado por completo. El tiempo que viví con Iván, estaba demasiado ocupada con las actividades que corresponden a un ama de casa. Así es que en cuanto a joterías, me bastaban las que hacía Iván, pues él también tenía corazón alegre y joteaba de lo lindo. Recuerdo muy bien un día que vinieron sus hermanas a visitarnos, él no resistió la tentación de robarles dos vestidos. Después compró un par de zapatillas y en ciertas tardes cuando gozábamos de tranquilidad, cada una se ponía su vestido y nos instalábamos en la sal para leer textos en plena representación de Cumbres Borrascosas. El vestido de Iván era color perla y el mío, vino quemado. Claro que en aquél entonces todo era secreto, y aquí entre nous. ¡Qué esperanzas que las amistades nos vieran en aquellas fachas! ¡Ninca! Después de mi divorcio y ya en casa de Violeta, dejé que la mujir que llevo dentro surgiera. Era imposible resistir la tentación entre tantas chicas lindas y liberadas. Todavía me emociona hasta las lágrimas la mañana de mi cumpleaños cuando Violeta entró a mi cuarto radiante de alegría, y con todo el equipo necesario para la transformación. Primero me dio un baño de tina con aceites y esencias orientales; luego me depiló las cejas, exilas y piernas. Procedió desde esa hora a peinar la peluca con chongo caído como lo había visto en una revista de moda francesa, y me aplicó sobre el rostro una mascarilla de zumo de naranja con avena. Esa noche, un poco antes de recibir a los invitados a mi fiesta, yo estaba radiante ¡era una verdadera mujir!

¿Qué extraña naturaleza del ser humano, querido diario? Una especie de divinidad, cambiante y fija; constante y difusa. Yo estaba ahí, frente a la platinada luna del inmenso espejo de Violeta, y me veía diferente a como me había visto siempre y sin embargo me sentía igual. Estoy muy loca y no sé cómo explicarlo pero voy a tratar. Sentía como si en realidad por primera vez fuera yo, aunque estoy segurísima que no era sólo por el modelito y la apariencia regia de mujir. No. Era algo más profundo, era como si el universo al fin se hubiera puesto de acuerdo respecto a mi personita. Brenda Berenice nacía para inquietar al mundo con su belleza. Nononono tendrías que haberme visto, querido diario, hasta Remedios la bella me habría envidiado. Porté con elegancia un vestido Christian Dior, en blanco, de corte entallado propio para reinas y una sola pluma de avestruz. ¡Todos quedaron fascinados porque sus ojos no podían aceptar tanta maravilla junta!

Querido diario:

Voy a aumentar los mares con mi llanto, voy a llorar, llorar y llorar; siempre llorar. Él me dijo que era libre, querido diario, y yo le creí. Ahora es tarde, señora, ahora es tarde. ¡Que bueno que hay tantas canciones populares para expresar los sentimientos, si no, me volvería loca! Querido diario: ¿cómo puedes olvidar a alguien que ha comparado tus nalgas con París? No way. Él me lo dijo aquella noche. Estábamos desnudos, como estatuas griegas del Peloponeso, sobre la alfombra de la estancia; dos átridas, valerosos y pujantes. Al terminarse el disco de Plácido Domingo, me levanté para poner otro. Mudo se quedó Rafael por la impresión. Entonces, sólo entonces fue cuando me lo dijo: “Boy, tus nalgas bien valen una misa”. ¡Ay querido diario, qué requetebonito sentí! Nunca me agradecí tanto como esa noche, el haber estudiado un poquito de historia porque de lo contrario, jamás hubiera entendido que comparaba mis nalgas con París.

Buena, seguro que te estarás volviendo loco por saber quién es Rafael; últimamente como que eres muy chismosillo, lo quieres saber todo. Si te fijas en las fechas, hace mucho que no te contaba nada. La verdad que me estaba reponiendo, curando de la enfermedad del amour porque me cacheteó muy duro. Por un momento llegué a pensar que yo era Saritísima en la película de la bella Lola; así de fuerte. Y creí, querido diario, creí una vez más. Creí que su vida era mía y que él me quería... ¡oh decepción! ¡Oh tristeza de la tristeza qué dolor! ¿Qué raro demonio alberga el corazón del hombre que lo hace tan adorable y maligno? Porque hay algunos que son muy malos, querido diario, pero mucho muy malos porque sin tener necesidad de herirla a una, lo hacen con singular alegría.

Lo conocí en Mixquic un dos de noviembre, día de muirtos. En ese entonces yo salía con una chica muy parecida a Richard Clayderman, así de bonito era. Pues en esa ocasión nos fuimos un ramillete al pueblito que te cuento; íbamos como ocho, un verdadero panal de abejas reinas. Entonces que me lo presentan: idéntico a Christopher Reeve, superman, pero más guapo todavía: ojo esmeraldado, nariz aclasicada, y entre las piernas, la promesa del sueño de una noche de verano. Rauda y rápida le lancé la mirada número cuarenta y uno y exhalé un aliento de amour y muerte. El galán a partir de ese momento, languideció de puro amor. Pero qué coraje, querido diario, yo muriéndome de ganas de sentirme abrazada por él y la Clayderman a un ladito. Lo sentsacional era que superman me colmaba de atenciones y cortesías.

El espectáculo en Mixquic era bello. Mira, a eso de las doce de la noche se apagan todas las luces del pueblo y sólo quedan encendidas las veladoras que alumbran las tumbas, porque déjame que te cuente Limeño, que todos los pueblerinos se reúnen en el cementerio y llevan a sus muirtos diversas ofrentas: flores, pan, alimentos, vinos importados... buena, no es para tanto. El D. F. Envía a todas sus embajadoras galletas y aquello luce más joto que el mismo San Francisco; no el santo, sino Francisco California. En puestecitos de mercado venden chuchería y

media: media de seda con espiga y corazones preparados para l'amour. Fíjate querido diario, que también venden unas pestañas enormes de papel plateado como propias de carnaval. Enloquecimos, simplemente enloquecimos. ¿Te puedes imaginar al grupo luciendo jota y divinamente pestañas plateadas de siete centímetros? Cleopatra misma las habría envidiado. Además compramos matrascos con luces fosforescentes y cigarros enormes de chocolate. Yo me juraba en Río con mis lucecitas y mis pestañas.

Dos días después, domingo, recibí un telefonema; era Rafael y quería verme. Inquietica y esmerada acudí a la cita. En esa ocasión porté un traje que me igualaba mucho a John Travolta en Urban Cowboy. Rafael Superman me invitó a cenar como corresponde y mi capacidad de asombro no daba para tanto. Desde el first momento me trató como a una flor, una fleur adorable y delicada. Y hablaba tan bonito querido diario, que hasta tú mismo te habrías enamorado de sólo escucharlo. En esa ocasión me habló del "Principito" y de la forma que éste había domesticado a una zorra; todos somos responsables de aquello que domesticamos. Yo estaba a punto de darle una cadena y de pedirle que no me soltara nunca, que me llevara siempre como su mascota, como sus lentes de contacto.

Después de mi relación con Iván, querido diario, puedo decir que me enamoré por segunda vez. Brenda Berenice amaba por segunda ocasión. ¡Y de qué manera! Esa misma noche lo invité a mi casa y después de oír música y tomar vino blinco, nos entregamos a los gozosos deleites de la patsión. Y nada de colorín colorado porque la historia continúa. Al día siguiente amanecí instalado en el amor. Otra vez aquel cosquilleo en las venas y la revolución hormonal; el furor uterino; las ganas de llorar cuando menos te lo esperas y el desasosiego querido diario, el desasosiego. Por las tardes acudía a buscarme a la boutique y de ahí nos íbamos a cualquier parte: al cine, al teatro, o a algún restaurant. Y yo veía y veía a Rafael y no podía creer que fuera tanta belleza. Creo que fue esa la época cuando me dio por rezar como Carmelita, descalza, para suplicarle a Dios que me lo conservara, y hasta aprendí cantos gregorianos y demás música sacra para volver más místico el asunto.

Tiempo después supe que Rafael ya había estado casado —con un hombre por supuesto— durante ocho años ¡toda una vida! lo cual en lugar de angustiarme, me hizo sentir más segura —segurísima yo de su amor— pues el señor parecía ser muy estable. ¿Cuántos días nos pasamos como pulpos en apapulpo? ¿Cuántos días lo vi, querido diario? Creo que apenas veinte, mismos que representaron una eternidad. Fíjate, querido diario que Rafael me juraba un amor tan bonito, que hasta llegué a pensar que por primera vez sabía lo que era el verdadero amour ¡Fue tan lindo! Yo estaba fragante como la rosa cupídica, llena de sueños e ilusiones. Una tarde. Rafael tomó mis manos entre las suyas y díjome que deseaba que pusiéramos una casita ¡te imaginas! ni siquiera un departamento, ¡una casita, jardín, perro afgano y sirviente con traje de Librea! Me pidió que escogiera la zona y ahí tienes a la ingenua de tu amiga, indecisa entre Coyoacán o San Ángel. A lo último me decidí por Coyoacán porque es más romántico. Y luego que me cambiaba el coche: que si el mustang o dart. Y yo, no, pues que mustang. Y luego que si blanco o verde. Y yo no, pues que verde. El sueño, querido diario, el sueño. Y mientras, me la pasaba todo el día como lela, como obtusa, como bella durmiente pero despierta. Y es que no hay cosa más importante en la vida de una mujir, que llegar al matrimonio sin que importe tu condición de

divorciada. Creo que quería comerme al mundo en cada detalle: la vajilla, las cortinas, la cama de agua...

Rafael compartía mis ilusiones y hablaba de que para él era muy importante haberme encontrado porque después de su relación, pensó que ya nunca podría enamorarse otra vez. Las Batichicas se pusieron felices cuando supieron lo último: Brenda Berenice y Rafael contraían matrimonio. Violeta me organizó una linda despedida de soltera a la que asistieron personalidades varias. Ofrecimos ricas viandas y bebestibles importados, y Mónica presentó un show en play back de Rocío Jurado, para amenizar la reunión. Cantó esa canción que se llama “Como una ola” con un sentimiento tal que imaginé a Rafael como marino de brazos robustos y tatuados y oliendo a sal de mar, algas y caracoles. Entrecerré los ojos y yo era una mujir de puerto con cabellera larga y cuerpo rabiosamente sensual. Teníamos una cabaña a la orilla de la playa y él paseaba desnudo, robusto, bello como dios noruego y cargando un pez extraño con cabeza de viejita. La imagen me asustó... *I'm scare* —le dije—. Él me contestó que era un niño.

Tres días después de la fiesta en casa de Violeta, pasó algo muy raro: Rafael me habló por teléfono y dijo que pasaba por mí en media hora. “Sí gordo” le dije, y corrí al baño para darme una manita de gato. ¡Y todavía lo estoy esperando! Aunque no lo quieras creer, querido diario, el galán se esfumó como suspiro, así como había llegado. Esa noche esperé y tuve miedo de que le hubiera sucedido algo. Hablé a su casa y me informaron que había salido de México; cosa muy rara porque no tenía programado ningún viaje; pero como el ama de llaves sabía su numerito y no aceptaba a los gays, pensé que había mentido. Al día siguiente esperé angustiada a que me hablara y no lo hizo. Entonces hablé de nuevo y me dijeron que llegaba dentro de media hora. Total que me estaba volviendo loca porque todos en esa casa me decían algo diferente, y él, que no daba señales ni anuncios ni comerciales de vida. Tampoco sus amigos sabían nada. Querido diario, otra vez a sentir el estómago arrugado como piel de elefanta, y otra vez las ganas de chillar, y otra vez el moño de navidad en la garganta y a contemplar durante horas su fotografía y las botas que le había comprado como regalo de cumpleaños. Y como en las novelas de Caridad Bravo Adams, algo me decía en mi interior de mujir, que aquello no podía terminar, no no no no y otra vez no. Algo terrible debía haber sucedido. Era diciembre, querido diario, me acuerdo muy bien. La gente, enloquecida, compraba regalos y más regalos para sus seres queridos y yo caminaba y caminaba por las calles como si entrenara para las olimpiadas que nunca se realizarían. Y eso no era todo, las mujires a veces son más malas de lo que han sido a lo largo de la historia y algunas de mis amigas me preguntaban con maldad, acerca de Rafael. Yo no sabía qué decirles porque no entendía nada y seguía esperando. En un principio les dije que había viajado a París por mi traje de novia, pero luego tuve que inventar que le había puesto varias pruebas antes de darle el sí, y ahora se dedicaba a cumplirlas: primero tenía que traerme un frasco de lágrimas de enano recién nacido; luego un abrigo elaborado con piel de hombre y más tarde el pito de atlas envuelto para regalo. ¡Ay querido diario, casi me muero! realmente los mares aumentaron con mi llanto y el departamento se inundó todito de tantas lágrimas que derramé. Con decirte que Violeta todavía no logra secar las alfombras.

Una tarde, después de un mes de estar llore que llore, me paré frente al espejo y me sentí tinta y avergonzada. Si hasta las recién nacidas aprenden. ¿Cómo era posible que yo después de

tantos desencantos estuviera haciéndole a la mártir? Fue ese el momento cuando saqué mi abanico, lo sacudí violentamente y dije ¡basta! y bastó. Dos meses después, en un bar y acompañado de sus amigos, lo encontré. Los pulsos se me pararon de la pura impresión. Ahí, exactamente frente a mí, estaba el hombre que me había engañado, aquel a quien había dado lo mejor de mí. Me dijo, con aquella su voz de actor, que me amaba locamente, que me deseaba pero que tenía mucho miedo. Y temblaba así, mira, como si hubiera visto a la llorona loca. Mucho miedo de amour, ¡ora resulta! ¡Lo puse pinto! Luego me sentí purificada y a punto de la beatificación. Claro que ya en mi casa chillé rabiosamente y la pobre de Violeta volvió a hacer las veces de klinex. Esa fue la historia, triste historia por cierto, de mi segundo matrimonio. Cualquier semejanza con la vida de alguien, no es mera coincidencia.

Querido diario:

Violeta y yo estamos muy activas en el trabajo. Ahora logramos diseñar un modelito apoyándonos en la imagen de las focas: va a causar sensación en las discos. Y este traje te juro que sí me lo pongo, porque ya basta que el ingenio del gay vaya a parar al cuerpo de las mujeres.

Querido diario:

En verdad que no tienen miedo de un castigo divino. Estoy verdaderamente aterrorizada de las cosas que suceden, pues ahora resulta que todos nos hemos vuelto muy gruingos.

Querido diario: yo que venía huyendo desde lejanas tierras donde me atosigaban las cascadas y ríos de información y costumbres gruingas, vine a caer a lo mismo. Y no es que critique por criticar porque hay cosas que valen la pena, pero cuando se pierde la proporción de los límites resulta más insostenible que comer chilaquiles con champagne, como acostumbra los nuevos ricos. Y así ves que ya nadie usa zapatos, puros tenis. Hasta para las ceremonias de coronación de reinas de la belleza, se usan tenis. No no no no no insisto en que no es posible; están acabando con las buenas costumbres y las buenas maneras. Don Manuel Carreño ya habría desgastado su bastón en esta época. Por otra parte, siempre he pensado que el ejercicio es sensacional, no creas que este cuerpecito de sílfide lo tengo de a gratis. Pero ocurre que el deporte, más bien el comercio del deporte está peor que “Fiebre de sábado por la noche”. Y ahí tienes a verdaderos ejércitos jugando con la idea y nada más que con la idea.

Hace apenas dos días estuve a punto de morir del asombro pues mi capacidad no daba para tanto. Yo cruzaba el Paseo de la Reforma cuando descubrí un desfile de seres lamentables que si ríen podían caminar, mucho menos correr. ¡Se veían desastrosos! De primer momento yo pensé que eran las ánimas del purgatorio que paseaban sus penas y desgracias: desnutridos, cansados, a punto de morir de un infarto; tan mal se veían. Pero no. Resultó que eran los participantes de un maratón. ¡Qué cosas! gente que sin preparación ni disciplina alguna se lanzaban a la aventura. Pero eso sí, todos lucían tenis, pants, playeras y sudaderas que apenas podían contener sus estómagos; como si para hacer deporte fueran necesarias las sudaderas de moda.

Querido diario, estoy segurísima que hay quien le hace la luchita, pero imagínate a los cientos de personas que se compran su ajuar de deportista para instalarse frente al televisor con cerveza y botanitas varias, o los que corren media hora para Regar después a su casa y acabar con el refrigerador. Para ese chiste yo me veo mejor frente al televisor con la cabeza llena de tubos y dándome manicure. Pero todavía no termino pues ya sabes que soy de boquita alegre y tengo la lengua llena de verdades que parecen chismes: por tantas películas de machos y fortachones, nuestros galanes se están deformando y no es justo. Menos para mí, fiel admiradora de la belleza masculina. Y es que muchos de ellos están como ciertas concursantes para Miss México que tienen medidas de 90-60-90, pero en un metro de estatura. Así pues, en una carrera enloquecida, en un deseo de verse como Tarzán el hombre monísimo, se sueltan haciendo pesas de día y de noche: uno dos, uno, dos... hasta que poco a poco terminan por deformarse. Haz de cuenta flamings de pecho hinchado y frágiles piernas... o seres de extraña región tipo Lovecraft. No querido diario, creo que antes que todo está la armonía por aquí, y la armonía por

allá. ¿Qué se puede pedir a un cuerpo esbelto y armonioso? Las mugculaturas se ven muy bien en ciertas personas que ya naturalmente tienen cierta conformación, pero no en los muñecos mal armados. Habiendo tantos ejercicios ricos como la danza, el yoga, la natación, qué necesidad — digo yo— hay de destruirse de tan feos modos. Lo más lamentable ocurre cuando ya en la intimidad, ciertos de esos monstruitos salen con la lástima que no pudieron modificar. ¡Ay querido diario, creo que mejor ni sigo hablando de esto porque varias de mis amigas me van a bajar el telón! Ya ves que el símbolo de macho man, de fuertote, es manejado y sustentado por el gay; quizá como venganza a los tiempos de infancia cuando el deporte constituía el motivo de nuestro terror. A mí no me permitieron participar en las olimpiadas; quería concursar en la barra fija con tacones del número doce. Quizá por eso tengo tanto coraje y estoy hiperhabladora.

Querido diario:

Estamos de duelo como plañideras griegas y sin otra función que la de llorar. Ayer muy temprano a eso de las once de la madrugada, repiqueteó el teléfono. Se trababa de Mónica, hecha un mar de lágrimas la mujer, porque había muerto Bruno de una enfermedad del corazón. De nada sirvieron las operaciones que le practicaron ni que Mónica se hubiera gastado toda su fortuna tratando de salvarlo. Con decirte que hasta sus vidritos fueron a parar a la casa de empeño. Me quedé muda porque la verdad yo también quería mucho a Bruno; era tan educado, tan atento, en fin. Aunque viendo las cosas fríamente, creo que la única causa de su muerte fue que ya no soportaba más las joterías de Mónica, no resulta nada fácil tolerarla por mucho que se le quiera. Mónica le iba a ofrecer un sepelio elegantísimo ¡imagínate! Pompas fúnebres mejor que las de Jorge Manrique ¡qué impresión! La loca me pidió que llegara negra y lúctica por completo y a mí me encantó la idea, porque la ocasión propicia para lucir un modelito que recién diseñé para este tipo de eventos. Buena, para después de consolarla y decirle que la vida tenía que seguir, corrí a arreglarme. Resultaba muy atractiva la idea de verme con cara pálida y compungida, pero bella.

A las dos de la tarde llegué a su departamento. ¡Que egcándalo Sr. Conde, pero qué egcándalo! Hasta afuera se escuchaban los acordes de la Patética más terrible que nunca. Apenas entré, Mónica se colgó de mí gritando que ya no quería vivir, que la única razón de su existencia había muerto. Sentí pina querido diario, porque la verdad que Mónica se veía muy sincera, muy sufrida, muy instalada en su papel de Dolorosa. La estancia con las cortinas corridas se iluminaba apenas por unas cuantas velas. Y ahí, sobre la mesa del comedor cubierta de encajes y pasamanerías estaba Bruno, muerto, insensible en su perruna belleza. Lo rodeaban docenas de flores y coronas que el resto de mis amigas había llevado. Del hocico le escurría constantemente una haba verdosa que Mónica se encargaba de limpiar cada media hora. Sentí un estremecimiento que me recorría toda, querido diario. No era posible que Bruno hubiera muerto cuando apenas dos días atrás lo había llevado a correr a Chapultepec, y había estado muy contento persiguiendo a otro perro que nunca pude saber cómo se llamaba.

De pronto sentí que algún día yo iba a estar igual y tuve un vahído. Entonces me detuvieron unos brazos delicados: era la Chiquis que se cubría el rostro con un velo negro de puntitos brillantes. Sólo hasta entonces me percaté que toda la familia se había dado cita. Ahí estaban las chicas, todas de negro, tacones altísimos y compartiendo como corresponde, el dolor de nuestra amiga. Me sirvieron un jerez y platiqué con Mónica en voz baja tal como se estila en estas circunstancias. Bruno comenzó a estar malo desde ayer. Un poco antes de irse a trabajar, ella lo encontró desmayado en su recámara. Entonces le habló desesperadamente a la pecata

minutísima, nuestra amiga la veterinaria que casi nace sin pito. Bruno sufría un infarto y lo tuvieron que operar.

El sepelio iba a ser a las seis de la tarde. Las tres gracias que son muy tiernas se encargaron de realizar todos los trámites. Mientras tanto, seguimos consolando a Mónica y bebiendo jerez. ¡Ay querido diario, que guarapeta nos hemos puesto! Llegó el momento en que ya no sabíamos ni qué había pasado. La mamá grande que siempre ha asegurado que canta muy bien, se instaló en cantora. Antes de iniciar cada numerito nos daba nuestro breviario cultural sobre los cantos gregorianos y demás música sacra. La Dolorosa la acompañaba emitiendo unos sonidos muy raros. El show nos lo tuvimos que sorrajar durante una hora, y en ese lapso, Mónica se desmayó dos veces y hablaba luego muchas incoherencias, motivo por el cual la Cicuta, empezó a murmurar cosas terribles.

A las cinco de la tarde apenas si podíamos caminar. Mónica, con la sensibilidad a flor de piel, recordaba las aventuras y gracias de Bruno: la vez en que llevaron una perrita para aparearlo y él la condujo hasta el lecho tal como había observado con frecuencia a su dueña; la costumbre que tenía de despertarla cada mañana saltando sobre su cama; la forma tan tierna en que ella lo solía arrullar cantando canciones infantiles para dormirlo. Entonces, entre hipo e hipo, Mónica insistió en tomarle fotos para conservar su imagen. Fue así como todas nos retratamos con Bruno en los brazos. A las cinco y media partimos: al frente iba el LTD de las tres Gracias y luego seguía un cortejo numeroso. Para cuando llegamos al panteón, Mónica estaba tan resignada que pudo pronunciar perfectamente el discurso de despedida. Después de echar sobre el cuerpo de Bruno un puñado de tierra, se dio media vuelta y sin despedirse de nadie, se alejó llorando. Esa noche, querido diario, no pude dormir. Apenas conciliaba el sueño, tenía pesadillas horribles: veía la mesa donde habían tendido a Bruno, pero era yo quien ocupaba su lugar: muerta, pálida, rodeada de flores. Alrededor de la mesa y cargando rosas en el hocico, Bruno daba vueltas. Luego se paraba en sus dos patas traseras y dejaba las flores sobre mis pechos.

Querido diario:

Fíjate que desde chiquita, Fernando era muy jotito también. En los sótanos de mi casa estaba el baúl donde mi madre guardaba los vestidos que había lucido en su juventud, y hasta las placas dentales de mi abuela ¡qué agco! Pues no vas a creer que el Fernando se metía al sótano sin que mi familia se enterara y hurgaba por todas partes sin temor alguno, a pesar de que sólo tenía nueve años. Entonces que de la por vestirse de mujir; si te digo que es una cosa que ya la trae una en la sangre, el corazón y la mente. Y como si ya adivinara que se iba a quedar para vestir santos, alucinaba con ser una especia de virgen. Inventaba modelitos valiéndose de sábanas y trapos viejos; luego salía al patio y le ponía en toda la madre al jardín de mamá pues cortaba las flores más bonitas para formarse un ramo. Luego regresaba al sótano cargada como mula con margaritas, claveles, dalias y geranios. Entonces se instalaba en el altarcito que ella misma había arreglado, y se quedaba ahí, sentadita durante horas, divina y solemne. Muy extraña nuestra señora del trapo naufragando en ve tú a saber qué sueños. Todo fue que mi padre se diera cuenta para que fuera como un diablo a correrla.

Yo me fui tras él, porque aquello no me lo perdía. ¡Pobrecita el Fernando, nomás de acordarme siento ganas de llorar! ha puesto unos ojos de espanto peor que si hubiera visto a Linda Blair haciendo dengues propios del exorcista. Mi padre, furioso, horrendo, la estrujaba violentamente a la vez que le arrancaba sus mantos y túnicas y le gritaba que no lo quería ver en mi casa; que tan chiquito y tan maricón, que sólo eso le faltaba: que su casa se convirtiera en nido de jotos; que lo iba a acusar con sus padres para que se lo acabaran a puro cintarazo. Llorosa y compungida se fue el Fernando, pero después de unos días volvió a aparecer y más atrevida todavía. En esa ocasión juntó a todos los niños del barrio para ofrecernos un espectáculo. Si te digo que ya era muy precoz. Estuvo en el sótano mucho tiempo, atareadísima en su arreglo personal; después, cuando ya desesperábamos por verla, salió con unos calzones muy raros, llenos de papelitos de colores y moviéndose idéntico a Rarotonga: saltaba como lombriz en sal, se retorció, gesticulaba, lanzaba sus brazos al infinito como si ya fuera a volar. ¡Qué cosas, querido diario, qué cosas! En otra ocasión nos invitó a su casa aprovechando que sus padres habían salido. Después de mucho discutir el juego, decidimos interpretar “La chica del diecisiete”. Óscar, que en la actualidad también pertenece al gremio, era el director; Fernando y yo las actrices. Ella se puso unos zapatos que su madre había comprado el día anterior, de esos con tacón del número once y muy puntiagudos. ¡Ay querido diario, no cabe duda que recordar es vivir! Imagínate al joto de Fernando con vestido amarillo y una sombrilla enorme. Cuando más inspiradas estábamos, llega su madre y tratamos de correr pero a Fernando se le atora el tacón en la duela del piso, y en la desesperación por sacarlo, lo deja con toda la piel corrida. Loca se quería volver su madre, chillando con el zapato nuevo en las manos. Para desquitar su ira, le

puso una zurra tremenda. Yo juré que Fernando después de ese castigo se componía; pero al contrario, perdió la proporción de cualquier límite, y a los quince años ya se pavoneaba por las calles pintada como carro de carreras.

Querido diario:

La dolorosa me habló para contarme que su último marido partió. Antes se puso a escoger las alhajas que le había regalado ella, y hasta las que no le había regalado. “Esto es tuyo... esto es mío... esto es tuyo... esto es mío... esto es tuyo pero me lo heredó y no la hagas de pedo”. Ese fue el fin del brillante que se compró el año pasado en Europa.

Querido diario:

Aunque te cueste trabajo creerlo, yo era una niña muy seriecita. Ahora, después de tanto tiempo ¡Ay!, ¡piedad para la edad! considero que a veces la vida es injusta con esos seres que la naturaleza forma cada vez con mayor frecuencia: seres frágiles, delicados, sensibles; pajarillos elegantes, plumas de chupamirto en las olas del aire ¡Ay, qué loca estoy! Disculpa mis barridas pero ya sabes que soy hiperhabladora. Los niños me gritaban ¡Puto! cuando iba por las calles ¡ay qué feo sentía! Me daban ganas de llorar como la Dolorosa, o de ser muy fuerte para golpeados. Y mira lo que es la vida ¡lo fuerte que soy ahora! En ese entonces, llegué a tener miedo hasta de salir de mi casa por las cosas que me decían. ¡Qué mortificación! Recuerdo que en ocasiones yo miraba desde mi ventana, a los niños jugando en la calle. Admiraba su fuerza, su desenvolvimiento, aquella seguridad burda de machos incipientes... no sé qué era lo que sentía. Recuerdo que me daban ganas de ser como ellos, de integrarme a sus juegos, de que me aceptaran, pero era imposible; me provocaban un miedo espeluznante. En otras ocasiones, la tristeza me ahogaba, por eso me escondía en los sótanos donde nadie me podía encontrar. Ahí formaba mundos bellos, entre las penumbras y los baúles y las revistas viejas que se habían acumulado. No entendía cuál era mi sitio... me estaba volviendo loca, querido diario, porque por otra parte sabía que en realidad eran otras las cosas que necesitaba.

Quizás la pesadilla más constante fue mi padre. Imagina esto: los niños jugando béisbol en la calle... mi padre en casa urgiéndome a que saliera... y yo... nonononono. Entonces él me decía cosas horribles: faldilludo, mariquita, mujercito. Sin embargo, la existencia de Óscar y Fernando, aminoraba mucho aquella situación desagradable y cada vez que podíamos, nos instalábamos en estrellas de teatro. ¡Que los bugas siguieran corriendo atrás de una pelota!

Querido diario:

Hoy me sentí cansada y no fui a trabajar. Entonces me instalé en la ociosidad y siguiendo los consejos de Esteban Mayo, hice un análisis de mi vida. Ocurre que he conocido, para envidia de todas las mujeres, alrededor de 2 300 hombres, si mis cálculos no me fallan; ya ves que matemática nunca he sido. De ahí surge la idea de la sinfonía de los penes, misma que me encantaría llevar al teatro con el vestuario más exclusivo. Querido diario, por si no lo sabes, los penes son seres vivos con formas, tamaños y filings particulares. Acerca de los mismos se han difundido muchos mitos y mentiras; fantasías y aventuras varias. Así tienes, que una de las creencias más extendidas entre las mujeres y gracias a la concepción muy propia de los afectados, es que el tamaño del pene no tiene nada que ver con el plesir de una relación sexual. Seguramente los que afirman tal cosa no han sentido la frustración de una mujir ardiente como yo, que se enfrenta al tristemente célebre espectáculo de un chupamirto disecado. ¡Fo! No vale la pena, es una miseria. Pero si eso les sirve de consolación ¡qué bueno! que sigan creyendo que el plesir se obtiene de ilutsiones. Yo por mi parte, no me canso de darle gracias a Dios por tanto regalo que ha puesto en mi camino. Es por ello, querido diario, que adoro la sinfonía de los penes donde te encuentras desde los que parecen hongos de frágil tallo y cabeza enorme, hasta los perfectos de tamaño aceptable, color adecuado, líneas armoniosas, movimientos elegantes y buenas maneras. Claro que también se encuentran las rarezas como los picos de perico que más bien servirían para abrir pepsicolas que para hacer el amor, y los pica hielo. Respecto al tamaño de los penes, querido diario, se ha especulado mucho, pero de acuerdo a las afirmaciones de las más reconocidas científicas y doctoras en nuestro medio, el tamaño de las manos guarda una proporción directa con el tamaño del pito. Si te pretende un manitas, deten tus pasos y no sigas adelante; aunque bien te podrías llevar una sorpresa, una nunca sabe. Otras experimentadoras, muy sabias por cierto, han dividido la república en zonas, y establecido el principio general de que los nortebños en primer lugar, ofrecen más posibilidades; sobre todo los sonorenses y los sinaloenses. Ya ves que Guadalajara no era una perla hasta que los sonorenses la hicieron. El segundo lugar en el plano nacional, lo ocuparían los veracruzanos que también resultan muy competitivos; no así los chilangos que por un extraño fatalismo, no salen siempre airosos, aunque hay sus excepciones honrosas. Estas mismas científicas afirman que el latinoamericano por regla, muestra un pedazo casero, en contraposición con el anglosajón que a veces llega a ser inaceptable de tan desmedido. Querido diario, perdona mis diarreas mentales pero hoy me siento muy eufórica y muy loca, loca, loca.

Querido diario:

Hoy volví a recordar a Michael quizá porque me sentía muy nostálgica y hasta triste. Lo conocí el verano pasado en California, o sea, hubo una vez un verano en mi vida que me dejó marcada para siempre; la mujir marcada por el amor. Hacía dos días que yo había llegado a Los Ángeles, toda entusiasmada con mi loca cabecita llena de ilusiones y fantasías. Iba sólo por dos meses para completar lo que mi ingenio dejaba incompleto, es decir, para fusilarme modelitos.

Me hospedé en casa de mi amiguita Lee Roy, una Texana que todavía suspira por los rodeos, y no habla una sola palabra en español a pesar de que tiene un innegable parecido con nuestra madre la Coatlicue. El primer día, felices, nos fuimos de shopping. Vimos negros relumbrantes, güeros como soles, gordas que siempre están a dieta en la imaginación, japoneses con cara de chiste... en fin, tú sabes que en Los Ángeles te encuentras los ejemplares más inverasímiles del género humano. Muirtas terminamos al atardecer, pero en la noche ya habíamos revivido. Hielitos sobre el rostro, cremas humectantes y almohadillas sobre los párpados, hicieron el milagro; la beauty completa. Después de una hora de cuidadosos detalles, lucíamos como diosas... más bien como dioses, pues con lo versátil que es una, decidimos que esa noche nos íbamos in full machos. El espejo nos devolvió entonces una imagen tan distinta que no nos reconocíamos. Es más, para que te caigas de la impresión, hasta pamelita me puse pues eran los tiempos cuando estaban de moda las vaqueras.

A las once de la noche arribaron las bellezas latinas a Studio One y todo mundo suspendió el dancin gn para observarnos. Querido diario, cuando me notes un poco exageradilla, please, házmelo saber. Y perdona que te escriba una que otra palabra en el idioma de Checspier, pero es para ambientarme. No es que sea malinchista querido diario, pero te juro que en un lugar como esos, te das cuenta que en la repartición divina de los cuerpos a los latinos no nos fue muy bien que digamos. Yo bien hubiera podido colocar mi manita santa sobre mis ojos y así, toda ciega, escoger galán; infaliblemente sería un cuero.

Querido diario, no sé ni cómo describirte ese tipo de sensaciones que a veces me invaden. Y es que me dan ganas de llorar, de reír, de comérmelos a todos vivos embadurnados de mantequilla. En esa ocasión por ejemplo, el Olimpo con todos los héroes y los superhéroes y los semihéroes de la Grecia antigua, estaba ahí encerrado. ¡Qué bellezas de cuerpos! ¡qué perfección! es que no puedes dar crédito. Las cinturas así de pequeñas como anillos de compromiso; vientres con músculos marcados como lavaderos; hombros fuertes; líneas del rostro cuidadosamente elaboradas; color de ojos que evocan al agua que rodea a Isla Mujeres; brazos como de acero... me muero, te juro que me muero. Y sabes que están ahí y que te pueden besar y acariciar y dejar sus zapatos abajo de tu cama. No cabe duda que el trabajo más bello y perfecto de nuestro Señor, el creador, fue precisamente el hombre. Aunque cloruro, también tuvo sus

fallas y aberraciones. Yo bien puedo pasarme la vida instalada en la contemplación de la belleza masculina, y ni aun así quedaré conforme; necesitaría las tres reencarnaciones que me restan, para terminar de estar.

Buena, continuó con la relata. Tan pronto como entramos se nos acercó el mesero, un gruinguito que era una criatura todavía. Andaba sin camisa igual que la mayoría de los asistentes, shorts rojos y minúsculos, tenis azules con cintitas rojas, y calcetines blancos hasta las rodillas. ¡Qué ganas de sacarlo de trabajar! Por él, yo hubiera vendido hasta garapiñados en las calles de San Juan de Letrán. Sólo le pedí coke, y así, con vaso por delante y brazo extendido, me fui a pavonear. Los popers se difundían por el ambiente como un halo divino, y pensé que así es el olor de los ángeles cuando sudan al hacer el amor.

De pronto me detuvieron de un brazo y al volver el rostro, encontré a una hilera de dientes que sonreían en lo oscuro. Entonces acaté que era un negro cuya figura se perdía entre las penumbras. ¡Hallo! le dije remarcando la ow. Y él, así muy extruño, como si apenas supiera hablar, me contestó: ¿Wanna dance? Ninca me lo dijo dos veces. Immediately que doy un salto felino al centro de la pista, para la demostración de los pasitos que había ensayado durante un mes. Mira querido diario, la cintura la traía por aquí y las pompis por allá. El galán, muy viciosa ella, destapó un frasco de popers. Inhalé y sentí que mi cuerpo se volvía de alkaseltzer. Luego continué bailando con los ojos entrecerrados y sintiendo que la música penetraba muy hondo. De pronto al abrir los ojos, encontré a mi negrito cucurumbé enfrente de mí, pero como poseído por el demonio. Nunca pude entender cómo sacaba los brazos por entre las piernas, ni cómo se ponía y se quitaba la cabeza al compás de la música, ni cómo lanzaba sus orejas hasta el techo, todo ello con singular alegría.

Quedé exhausta en los estertores de la agonía dácica y tuve que buscar el alivio de las bancas recargadas contra la pared. Fue ese el momento en que lo descubrí. No querido diario, no hay palabras para describirlo ¡Ay que muda me vi! Era la representación misma de Patroclo. A través de su pantalón de mezclilla que tal parecía lo había sacado del bote de la basura, se le notaba todo, pero todo mi deseo inconsciente. Entonces que le lanzo mi mirada número veinte. ¡Imagínate querido diario, la número veinte que resulta insoportable para la víctima! Cayó... Obvio decirte que Patroclo cayó y a mí no me quedó otra que temblar como una boba pues pocas ocasiones había tenido de estar tan cerca de... ¡Ay mejor ni sigo! Buena, pues después de sólo dos drinks, surge la propuesta matrimonial de labios del galán: ¿To your place or mine? Hasta la coke se me atragantó cuando lo escuché, pero después del impacto, yo muy vivida, le dije: It's up to you. Luego corrí a informarle la buena nueva a mi amiguita Lee, quién se quedó fría cuando vio al espécimen que había pescado. Me despedí muy orgullosa y le dije que al día siguiente la veía en su departamento. Salí del bar con Patroclo tomado de la mano. Esa noche me casaba.

Free way solitario, aire que se cuele por la ventanilla, Valle de San Fernando anochecido y por fin parking frente a una casa muy nice. Patroclo todavía me ofreció un drink antes de consumir el matrimonio y... querido diario, ¿quién dijo que los gringos son muy fríos? Y no lo digo por Patroclo sino por su amante que llegó justo al momento de la desfloración, y se ha puesto más furioso que Cristo cuando corrió a los mercaderes. Yo trataba de proteger mi desnudez de los almohadazos que aquella nos propinaba, y de explicarle al mismo tiempo que yo

no sabía, que yo era honesta, que yo sólo estaba de vacaciones en L. A. Pero la bruja nunca quiso entender, me tiró mis ropitas a la cara y me dijo tantas cosas que nunca las podría transcribir. Llorosa y compungida salí a tomar un taxi. La noche era fría, terrible, y yo sin saber ni dónde estaba. Pero eso no fue lo peor sino lo que vino después: Lee como buena trabajadora nocturna no estaba en casa y yo no traía llave de su departamento. Tampoco tenía ganas de refugiarme en algún hotel donde podría sufrir una violación violenta. Me quedé sentadita en la escalera del edificio esperando como Penélope, a que algún día llegara Lee.

A las siete de la mañana ya estaba hirta nuestra señora de la madrugada: pálida, ojerosa, fatigadísima y además virgen. Decidí caminar un poco. Las calles se veían muy amplias, muy limpias a esa hora, con un sol grandote que comenzaba a salir. Yo sentí que revivía. Después de haber caminado tres cuadras, patsó una camioneta y apenas si alcancé a distinguir a un güero que sacaba el cuello por la ventanilla como jirafa curiosa. Sonreí con coquetería de mujir, bajé la mirada (número catorce) and it was enough. La camioneta viró ahí, en el centro de la calle. Se regresó echa la chancluda y al pasar de nuevo junto a mí, se detuvo. Brenda Berenice había triunfado una vez más. Ni tarda ni perezosa subí al carro y encontré otra vez la imagen repetida: a juzgar por sus características, el galán era bisnieto de Hércules; andaba descalzo, en shorts de mezclilla, y sin camisa. Lo saludo toda inquieta. Él sonrío y para mi sorprais, saca un cuadernito sobre el que escribe: “& can’t talk”. El angelito era mudo; joto, sordo y mudo. ¡Dios santo, me muero de la desesperación! Y ahí me tienes querido diario, sonriendo como bobita y sin hallar qué decir. Después de un tiempo que me pareció eterno, seguí su ejemplo: tomé otra hojita y le escribí: “¡Qué interesante!” Él sonrió de nuevo y escribió: “Te invito un café”. Yo acepté con la cabeza baja y ahí voy por Santa Mónica Boulevard con mi mudo en gran plática de papelitos. Se llamaba Michael y le había pasado exactamente lo mismo que a mí: su room mate no había llegado y andaba sin llaves.

Querido diario, no sé qué extraña relación guarda la mudez con el furor uterino, pero el caso es que ni siquiera podíamos desayunar de lo alborotadas que estábamos. Pagamos la cuenta, tú sabes, cada quien lo suyo porque así son las gruingas: primero pasa un camello por el ojo de una aguja a que ellas paguen ¡Ay qué cristiana me vi! Pasamos de nuevo al departamento de Lee y luego al de Michael pero ninguna de las niñas había llegado. Entonces comenzamos a dar vueltas por todo el condado como venadas lampareadas. De pronto descubrimos un terreno baldío, de esos que protegen las torres de electricidad, bardeado con plantas espinosas. Michael estacionó el coche y sin necesidad de palabras, bajamos. ¡Ay querido diario, qué excitante era aquello! ¡Imagínale a las dos en tan crítica situación! Yo me moría de los nervios sólo de pensar que algún vigilante nos descubriera, pero no estaba dispuesta a dejar ir lo que el destino me ofrecía, y menos cuando vi que en esa ocasión había sido magnánimo. Yo me sentía toda hervorosa que viene de hervor, con cosquillitas por el cuerpo y con unas ganas de arañar y gritar, y de comer tierra mezclada con sal o aceite de olivo. En ese momento Donna Summer se hubiera quedado perpleja al escucharme gemir “& love you baby”, quizá hasta hubiera cambiado de color.

Michael por su parte parecía realizar los doce trabajos de Hércules, pujante el hombre. Sin embargo, hacía unos ruidos guturales tan extraños que por la falta de costumbre por un momento me asustaron. Y es que el inocente quería gritar, decir que estaba enloquecido con mis encantos y

que ya no podía más. Al otro lado de las bardas de plantas se alcanzaba a escuchar el ruido de los coches que pasaban por la calle. Eran como las nueve de la mañana. Nos levantamos llenos de hojas secas y tierra y espinas pero muy contentitos.

Querido diario:

¿Qué haré para lograr su amor? Me siento confusa. Me siento tan difusa. Pues nunca antes me había enamorado así. De mil maneras ya. Había vivido la ternura. Llorado la amargura que nos ofrece el amor. Pero nunca antes me había enamorado así. Así de esta manera. Querido diario. ¿Qué haré para lograr su amor? estoy dispuesta a todo. A entregarle una gran dote. A dejar el trabajo por las noches. A no subirme nunca en coches. Querido diario. Yo tengo que logrado. Si no voy a morir. Y lo que quiero es vivir. Vivir. Vivir.

Querido diario:

Brenda Berenice despuntante, capullito virgen y no mancillado por mancebo alguno. A mis quince años bien hubieran podido llevarme al río con la plena certeza de que era mozuela, y sin temor de que saliera después con que tenía marido. Creo que fue por este tiempo cuando comencé a saborear los deleites del amor, pero no pienses que resultó fácil, querido diario, todo lo contrario. Desde que Dios amanecía, ya mi cuerpo pedía urgentemente pollito con papas, y como no tenía con quién hacerlo, pues me la pasaba alucinada, imaginando mil historias.

La verdad que no sé ni cómo estuvo la cuestión, el caso es que un buen día descubrí lo atractivo del cine. Ahora pienso que la relación es muy sencilla pues el amour casi siempre surge en lo oscuro. Totil, una tarde de domingo provinciano, toda temblorosa e inquieta me fui al único cine del pueblo. Exhibían tres magníficas con Lucha Villa y Renata Seydel. Y ahí me tienes como a nuestra señora de las tinieblas, inaguantablemente excitada y pelando los ojos para ver a los concurrentes. Tenía miedo, querido diario, pues en el el pueblo tan chiquito donde todo mundo te conoce, no es como en las grandes ciudades en las que ciertos cines se han convertido en templos del encuentro. Fíjate que no pensé mucho lo que podía suceder, pues hasta cierto punto me daba cuenta que el plesir es el plesir sin importar mucho quién lo proporcione. Me encanta recordar esas escenas pues me veo tan natural, tan inocente, tan pura podría decirse, y sin maldad alguna. Me dejaba llevar sólo por mi naturaleza de mujir que sabe querer.

Lo descubrí en las butacas del área derecha del cine. En aquel entonces me pareció bello, sensual y atractivo: era blanco y con un bigotito delgado que lo hacía verse muy macho. Fui a sentarme cerca de él ¡Ay todavía me entusiasma la historia! yo temblaba querido diario, te juro que temblaba hasta los dientes pero tenía que hacerlo. Entonces, después de no sé cuántos minutos de indecisión, de pánico, deseo, de toda esa bola de sentimientos amontonados, coloqué mi mano en el brazo de la butaca. Poco a poco, como si tuviera miedo de espantar a un pajarito, bajé los dedos y comencé los trabajos exploratorios. ¡Ay Dios, dicen que la gloria está en el cielo! Pero esa tarde estaba ahí, en el bulto duro, fuerte y amenazante de la verga del galán. Como yo lo tocaba con miedo, él hizo que lo acariciara con más ganas.

Yo sentí que la cabeza me explotaba y que la sangre de mis venas estaba a punto de evaporarse por la elevada temperatura de mi patsión. El galán se levantó pero me hizo una seña rozando mis muslos. Lo seguí con la mirada hasta que se perdió en el baño de caballeros. Esperé unos segundos y después de una decisión de ejecutiva, fui tras él. Cuando entré al baño, estaba ahí, excitado y mostrándome una verga fiero y terrible. Experimenté tanto miedo de mí misma que no lo pude soportar y salí corriendo.

Querido diario:

Afuera llueve. Son las seis de la tarde y estoy aquí sola, en mi departamento. ¿Tú puedes entender lo que es la soledad? Creo que no. Imagina que por algún raro hechizo de pronto te quedarás sin las letras, sin las frases que he ido anotando y que tus cubiertas sólo guardaran hojas borrosas, casi en blanco. Algo así me sucede querido diario, siento que me he quedado... que me estoy quedando con puros recuerdos. La ventaja es que cuando esté viejita no me voy a aburrir, pues tendré muchos recuerdos qué componer. Mientras tanto tengo ganas de aullar como una loba, como una coyota de la pura tristeza que siento. Sé que podría hablarle a cualquiera de las batichicas pero no solucionaría gran cosa.

Querido diario:

Después de tanto tiempo de íntima y continua amistad, pensarás que soy muy loca o complicada. Pero si no te aceleras te darás cuenta que sólo soy un reflejo de la eterna inconformidad humana. Así, en estos quehaceres lo único que varía son las formas. Querido diario, tú sabes que siempre andamos chillando por la falta de un hombre, y cuando lo tenemos, la verdad de la verdad, lo botamos; botanitas en enero, botanitas en diciembre, si el hijo del rey me quisiera, mataría una quimera. Somos pues los eternos jugadores; unas veces nos va muy bien en la feria, y otras, nos ponen pintas o nos dejan para el arrastre. Entonces chillamos, nos deprimimos, nos quejamos de soledad... somos las mujires solas.

*Lloremos las mujeres solas
aquellas que estamos sin caricia,
sin abrazos ni mentiras
las solas buscadoras de ternura
rabiosas tejedoras de figuras
de hombres bestiales y divinos.*

*Lloremos las mujeres todas
la mujer de puerto sin marino
la viuda florida
la vieja virgen
la niña despuntante y sin marido
las abandonadas todas...*

*Lloremos que al llorar nos consolamos
y aguantamos los rigores de la vida.*

Después de unos días de vida de perro, volvemos a surgir como aves fénix: bellas, voluptuosas; luciérnagas multicolores aleteando entre las luces de la vida. Luego viene lo bueno aunque el numerito se repita: te entusiasmas y te enamoras; vas corriendo al banco a cambiar las cuentas de ahorro, cheques y valores, a nombre del galán en turno y te adjudicas el “de” con singular alegría: Brenda Berenice de Acosta, Brenda Berenice de Oviedo, Brenda Berenice de Salazar... y exclamas orgullosa otra vez: ¡Tengo marido! En esa temporada de la vida de una mujir, el cielo abre sus compuertas y corres más que un atleta del tercer mundo al que se le haya puesto un pedazo de carne en la meta: salidas al cine, al teatro, a los cafés y restaurantes de moda; te agarra una compradera de ropa para lucir siempre bonita; estrenas rostro feliz y alma

entusiasmada. Después parece que el cuerpo no da para tanto con las sofisticaciones a que hemos llegado y porque el deseo sexual hierve que hierve como caldera del diablo.

Viendo las cosas desde este punto de vista, querido diario, pues ocurre que nos pasamos la vida en una continua luna de miel con cráteres de tristeza...

Querido diario:

Todavía me acuerdo de la semana posterior a la experiencia del cine. Me sentía flotar entre sueños y sensaciones como si nada de lo que me rodeaba tuviera importancia. La imagen del galán la traía como prendedor de brillantes alumbrándome la existencia. Por cierto que hasta le cantaba; nunca supe quién fue pero le cantaba. Y recuerdo que cantaba las cosas obscenas que deseaba que me hiciera. Por otra parte experimentaba mucho miedo. Si mi padre hubiera sabido, lo más seguro es que me habría despellejado viva. Imagínate, él todo un macho, padre de la flor más bella del ejido. No creo que pueda existir mayor ofensa para un macho que se jacta de serlo, que tener una hija como yo.

A partir de entonces tomé la costumbre de ir al cine cada semana; haz de cuenta que se estuviera presentando la muestra internacional de cinematografía. Y siempre era lo mismo: butacas estratégicas, mirada de tigresa, ojos que buscan en la oscuridad y ataque. Hay algo que me asombra mucho querido diario, y es que yo no sabía nada de actitudes ni de diferencias, ni pensaba si la gente a la que me acercaba se podía molestar. No. Simplemente me acercaba nerviosa y hacía lo que tenía que hacer. Entonces lo asombroso radica en que nunca, pero nunca de los nunca ningún macho se opuso; al contrario, facilitaban las cosas, de ahí que ahora piense que el ser humano es simplemente un ser sexual que responde a las circunstancias.

En honor de la verdad, todo aquello no era sino el jugueteo de una gatita mimosa y mimada como yo, pues no me atrevía a llegar a más. Con decirte que, incluso, procuraba mirar hacia otro lado para que en la oscuridad no me identificaran y le fueran con el chisme a mi padre, mientras mi manita sufría del mal de parkinson. Así estuve durante dos años, como novia de rancho, hasta que encontré a Iván.

Querido diario:

Las batichicas organizan para hoy en la noche en casa de Coquena, la representación de “Super Loca y su bolsa justiciera”; los textos son de Óscar y el vestuario de Violeta. Todo mundo está muy entusiasmado, especialmente la Tatis porque es la protagonista. Ella se compró dos pares de zapatillas que le costaron lo mismo que yo pago de renta en mi departamento de Acapulco. Se ha hecho un derroche verdaderamente escandaloso. Hasta donde sé, Superloca se encarga de castigar a los buga mata-locas, y a los gays tormentosos y reprimidos. Ella es muy justa.

Querido diario:

Déjame que te cuente la historia, historia de amor y tormentos. Yo iba saliendo de la preparatoria, sola, con mis libros sobre el pecho. Tu sabes que las chicas en aquél entonces no eran tan machorras como ahora, llevaban los libros abrazados porque así se veían más femeninas. De pronto ¡cielas! lo veo ahí, en las mesas que estaban fuera de la nevería. ¡Me quise muruar de la impresión! Tenía como veintitrés años y se veía divino. La verdad que no sé ni cómo describírtelo porque para eso se necesita tener el ingenio de Corín Tellado. Era guapísima y con un magnetismo que hasta el mismo Cristo se lo habría envidiado. Inmediatamente me hago la occisa y voy a sentarme justo enfrente de él. Y cuál va siendo mi sorpresa porque el galán volvió el rostro y me miró muy fijo con singular atrevimiento. Entonces yo sentí que la respiración se me cortaba pero después del primer instante de turbación, le lancé mi mirada veintitrés y medio que es la que reservo para las ocasiones muy especiales. El galán sonrió, te juro que estuvo a punto de deshacerse, y como no queriendo la cosa se acercó a pedirme un engarro. Tenía el acento de la gente del centro de México y una sonrisa como la de Clarck Gable. Instalada en la propiedad le ofrecí un cigarro, y claro, también una silla. Ese fue el inicio de mi desventura, cuando empecé a soñar el sueño del patriarca caído. El galán resultó ser médico y había ido a realizar su trabajo social en mi querido pueblo. Desde el primer momento yo sentí que había una fuerza extraña en ese ser que tenía enfrente; algo que me atraía de una forma muy distinta a como me habían atraído el resto de los hombres... no sé. Creo que siempre hay momentos en la vida de una mujir que se quedan marcados en el tiempo y la memoria. Uno de esos momentos es el de mi entrega a Iván. Es cierto que había andado de cuzquilla en los cines, pero mi palmito lo tenía reservado porque en aquel entonces me pensaba mujir de un solo hombre. Es seguro que te preguntarás acerca de mi primera vez pero no hay mucho qué decir. Todo fue tan natural, tan sin problemas, como si de toda mi vida lo hubiera sabido. Llegamos a su cuarto como a las nueve de la noche. Era una habitación sencilla, prácticamente sin muebles; tenía sólo una cama individual, un sillón, una especie de peinador con espejos manchados, y una mesita de noche sobre la que se amontonaban media docena de libros de medicina. Sin prisas ni apuraciones nos desvestimos. Qué extraña sensación la primera vez que contemplas de cerca un cuerpo completamente desnudo, querido diario, tal como lo has soñado. Yo estaba entre azorada y tranquila, no lo puedo decir. Cada parte del cuerpo de Iván ejercía una fuerza sobre mí, como muy pocas veces la he vuelto a sentir. Y es que el señor contaba con todo aquello que puede llenar los sueños más íntimos de cualquier mujir. Cada línea, cada detalle de su cuerpo me parecían maravillosos. Yo lo palpaba con incredulidad, con todo el deseo que había acumulado desde mi nacimiento. ¡Ay querido diario, qué delicia de caritcia! Y como dice Yolanda Vargas Dulché, la escritora de los grandes éxitos, no supe más de mí en esa noche.

A partir del trascendental encuentro, la vida se me fue como en un hilito amarillo. Apenas salía de la preparatoria y me iba volando al consultorio de Iván. Los pacientes, que en su mayoría eran chicas que se inventaban cualquier enfermedad con tal de contemplarlo, me odiaban. Y es que él salía a recibirme, sin importarle que ellas tuvieran dos horas esperándolo. Ya adentro del privado nos besábamos con desesperación y platicábamos de nuestras cosas ¡nuestras cosas!

Querido diario, en pleno amour se me fue un año. Yo cada día me sentía más enamorada y orgullosa y todo mundo dejó de existir, menos Iván. Una noche, mi padre se encargó de regresarme a la fea realidad; abrió la puerta de mi recámara convertido en una perra, en una loba que echaba espuma por la boca. De primer momento yo pensé que el señor se lavaba los dientes y la espuma era de crema dental Colgate, pero cuando me dio una bofetada y comenzó a gritarme puto y cosas horribles, comprendí que estaba enojado. Yo quería decirle que no era puto sino toda una mujer (como la canción que canta Raúl Vale), pero no me dejó hacerlo; estaba fúrico y me golpeaba como si de esa manera castigará el reflejo más íntimo de su propia personalidad, aquél que no, podía aceptar. Obvio decirte que salí despavorida en busca de Iván... El pobre se quedó helado cuando me vio en tan lamentable estado, y se enojó tanto, que estuvo a punto de salir corriendo para reclamarle a mi padre por el abuso, pero yo no se lo permití. Imagina la escena: Iván sin camisa y descalzo, sólo con su inseparable pantalón de mezclilla y luciendo un rostro endurecido, como cortado a machetazos; yo en el suelo prendida a sus piernas, llorando inconsolablemente y diciéndole que no fuera, que lo iba a matar. Fue ese el momento cuando él se inclinó para secar mis lágrimas. ¡Ay aquellos tiempos!

Querido diario:

Después de la fiesta de mi cumpleaños y como por arte de magia, el mundo se transformó junto conmigo ¡Ay que marxiana me vi! Violeta y yo instalamos una boutique very nice con diseños propios en los que estampábamos todo nuestro ingenio. Claro que para establecer el negocio tuvimos que recurrir hasta a los chichifos, padrotes, y todo aquel que tenía la desventura de llegar a nuestra casa; pero nos fue sensacional con el sofisticado sistema de ventas que establecimos. Logramos engatuzar a renombradas actrices, vedetes trabajadoras, hijas de papi y demás. Entonces comenzó una vida de intensa actividad para Dedal y Costurita, las más bellas y atrevidas diseñadoras del siglo.

Querido diario:

¡No sé qué cosa es el amor! sobre todo cuando está nuevecito, sin arrugas, manchas o agujeros. Haz de cuenta que te inyectan vitaminas especiales para cada parte del cuerpo que las requiere. Y andas así, nerviosa, inquieta, con ganas de darle vueltas a la tierra más rápido para que pasen las horas y poder ver a tu pareja. Eso mismo me pasó a mí: quería estar más joven, más guapa, más atractiva y cachonda, qué se yo. Hasta utilicé varios días aprendiendo la técnica de los japoneses para tragar espadas, y otras dos semanas en lecciones de yoga para llegar mayor flexibilidad del cuerpo y adquirir movimientos de nutria. Y siempre estaba pegada al teléfono esperando que Michael me llamara. No te extrañes querido diario, pero sí me llamaba. Cloruro que no podía hablar pero hacía ruiditos que yo entendía. Por ejemplo, si hacía ¡grrrr! significaba algo así como tengo ganas de hacer el amor. Si hacía ¡ah ah ah! era & love you. ¡Oh querido diario, lo que hice por amor! más ni menos como la canción de Grace Jones.

Buena, pues un mes fue suficiente para conseguir marido. ¿Lo puedes creer? Cuando lo pienso me quedo asombrada y por más que lo intento, no doy con las mañas que utilicé para lograrlo. ¡En cambio ahora! casi parezco *la novia robada* de Juan Carlos Onetti y ni quien me eche un lazo. Así que no te sorprendas si una noche de éstas, salgo con que me vestí de novia y me fui a caminar por las calles de la Zona rosa en busca de marido. ¡Imagínate querido diario qué egcándalo! Yo vestida de novia con el traje hecho jirones de tanto buscar y además el ramo de azahares marchito y peleando con los recogeboletos de los bares para que me dejen entrar... sería sensacional. Buena, pues te decía que al mes de conocernos, Michael me propuso matrimonio; esto es, que me fuera a vivir a su lado. Fría me quedé al escuchar sus palabras. Recuerdo que estábamos en Mac Donald's, muy village people, nosotros. Te juro que sentí ganas de chillar ¡ay qué divinamente cursi, pero es cierto! Nada más faltaba que me diera anillo de compromiso. No le dije nada, querido diario, porque ya sabía que sólo iba por dos meses a Los Ángeles. Permanecí seria durante toda la tarde y nos despedimos temprano.

Esa noche fumé como divorciada tratando de resolver mi vida. ¡Ay qué conflicto! Creo que nunca me he sentido tan conflictuosa como esa vez. La verdad era que no había pensado en la posibilidad de contraer matrimonio allá. Por otra parte, ya no era una chicuela para cometer tonterías, y eso de volver a empezar, resultaba muy difícil. ¡No no no no no! había muchas cosas en contra: yo acostumbrada al glamour, a la vanidad, a las plumas de faisán y pulseras de carey, condenada para siempre a lucir shorts y tenis ¡me quiero muruar! Además, por si fuera poco, existía la posibilidad de que mis hijitos salieran mudos. El conflicto lo provocaba el hecho de que yo sabía que en el futuro difícilmente podría conseguir otro hombre como Michael. Lloré de impotencia y me puse una guarapeta impresionante.

Al día siguiente, sin embargo, instalada en egoísta y pensando sólo en mí misma, fui a casa de Michael. Él se puso feliz como niña con zapatillas nuevas, me tomó en sus brazos y me paseó por todo el departamento. Era tanta la alegría que reflejaba su face, que por un momento pensé que iba a hablar. Y ahí me tienes, querido diario, transformada en american woman preparando hamburguesas para la hora de la cena, y viendo televisión hasta quedar idiotizada con tantos messages.

Michael se iba muy temprano a la escuela y cuando salía, apenas le daba tiempo de llegar a su trabajo. En cambio yo... por las mañanas me ponía guapísimo —porque entonces era guapísimo— y me lanzaba al fusil de modelitos con mi notebook y mi pluma de ganso. Ni creas que me da pena confesar esto, porque, para nadie es un secreto los manejos de la moda. Tú no tienes idea de cómo sufría sólo de ver aquellos trapos tan infames que le íbamos a encasquetar a las mujires; pero si ellas están conformes, pues qué le va a hacer una. Te juro que a veces me costaba mucho trabajo creer lo que veía, lo juro, lo juro, lo juro... pero el bisnes es el bisnes. Mucho tiempo después las congéneres quedarían fascinadas con mis ideas: cuestión de quitarles o ponerles un poco a los originales y ya. Así ves, querido diario, la cadenila de disfraces femeninos por el mundo.

Por las tardes terminaba muirta pero contenta, de tal manera que cuando Michael llegaba a casa, nos instalábamos a platicar muy rico. Insisto en que no debes asombrarte de esto, pues día tras día yo aprendía nuevos sonidos y señas con las manos. Y no sólo señas y sonidos, sino también actitudes y comportamientos diferentes. By the way, fíjate que en una ocasión Michael me invitó a bailar a Territorio Apache. Yo me puse feliz porque me encanta dar demostraciones de las virtudes de la sangre latina en eso de la danza. Llegamos como a las diez de la noche y el club ya estaba lleno: cueros y más cueros, dioses y dioscecitos; hombres a raudales y machos encabritados. Estuve bailando con Michael y brindando discretamente con todos aquellos que me echaban los perros, pues aunque no lo quieras creer, mi belleza un tanto exótica y diferente en aquellos lugares, causaba impacto. Cuando más feliz me sentía, Michael me invitó a unos baños que quedaban cerca porque se sentía muy cachondo. De inmediato, esa sangre latina de la que tanto alardeo, roja y celosa hizo ebullición. Después recapacité que ya no era una mocita para comportarme así. Es cierto que por las cosas que hemos aprendido de los bugas, aún soñamos con el sueño Vano de la fidelidad. ¡Ay qué sor juanesca! Entonces, también se me había ocurrido que Michael sería sólo para mí. ¡Ilutsa, pobre ilutsa romántica emperranida de mí! Hasta pena sentí cuando observé la conducta de Michael tan natural, tan sin problemas, tan sin conflictos... Y viendo todo con sus mismos ojos, pues sólo íbamos a divertirnos. Por otra pirte, ¿para qué le hacía a la encapuchada si sabía perfectamente que yo regresaría a triunfar en los diversos palenques de Mécsico? Puse mi mejor cara y ahí te vamos a los 170809. Llegamos a las doce de la noche, la hora mágica. El edificio era pequeño y extraño por sus puertas de acero, haz de cuenta que se trataba de una caja de valores. Y la verdad, tenían razón, pues lo que había dentro superaba a la imaginación más atrevida. Subimos las escaleras que terminaban en un pasillo angosto. Ahí estaba la ventanilla de recepción por la que asomaba el divino rostro del empleado. Nos pidió que subiéramos a una ruedita de madera que sobresalía del piso, y ya estando arriba, la giró desde adentro. ¡Nos revisaron querido diario, como viles objetos nos revisaron! El

argumento para tan ruin acción es que ahí no entra nadie que no tenga mucho qué ofrecer; puro cuero tiene acceso al sagrado recinto, nada de panzones, feos o desabridos. Las concursantes fueron aceptadas y procedimos a dejar las joyas en la caja fuerte para su custodia. Ya adentro, el ambiente se iluminaba por discretísimas lamparitas. Todo se veía en penumbras y el halo de los popers flotaba embriagadoramente. A partir de ese momento, Michael y yo fuimos unos desconocidos: si lo había visto lo olvidé... si lo había amado no lo recordaba. Cloruro que sólo hasta el día siguiente, ese era el deal. Rápida como la mujir maravilla, me encueré, y sólo con una toallita que tuve buen cuidado de arreglar con primor, me lancé a la exploración. Un pasillo largo y oscuro, alfombrado con delicia acariciante, desembocaba en un laberinto de espejos ¡qué cosas querido diario! Un laberinto con recovecos, cuartitos minúsculos, paredes que se encontraban en ángulos inesperados, escaleras que no llevaban a parte alguna... Yo, curiosa y asombrada caminaba con pasitos lentos sintiéndome Persea en el laberinto de Tebas. La oscuridad ahí era más espesa que una puta arrepentida o un gay reprimido. De improviso, como plantas devoradoras surgían unas manos que te acariciaban donde caían, y tú buscabas y tentaleabas y encontrabas; hacías en fin lo que tu naturaleza te dictaba.

Al salir del país de las maravillas, llegabas a la sala de los encantados. Ahí solté el grito, querido diario, pues estaban todas las esculturas que Dios mismo había formado: una docena de machos bellos, desnudos y cansados, miraban con inocente curiosidad de primates las películas que se proyectaban en la pantalla. Películas muy raras también, que hubieran tenido la virtud de acomplejar al mismo Alphonse de Sade. Yo pensé que soñaba o deliraba.

Quiero que te quede muy claro, querido diario, que cuando me exalto tanto en la mención de los machos, no hablo de cualquier hombre como mal podría pensarse, sino del macho bello, soberbio, esa especie de bestia y ángel que provoca verdaderas convulsiones hormonales. Buena, pues reprimí las ganas de lanzarme como loca urgida y seguí explorando el lugar. Al salir de la sala de los encantados, bajaba una escalera que daba a una zona más amplia, atascada de pasillos. Ahí estaban los reservados, las regaderas y toda clase de vapores: desde el vick vaporub hasta el vapor turco; otra sala de exhibiciones, the orgy room, el cuarto oscuro y la sala de los esclavos. ¡El sueño, querido diario, el sueño! ¡Que vuelen halcones con cara de gato o surjan de los mares pájaros de bellas cabelleras y capaces de devorar a los hombres! ¡Ay qué loca estoy! Del cuarto oscuro provenían ruidos metálicos de cadenas y olor a cuero. Entré porque como debes de comprender, aquellito no me lo perdía. Apenas podía distinguir: del techo pendían unas especies de columpios de cuero; ahí disfrutaban del amour parejas varias. Fría me quedé por el ingenio del diseñador de tales instrumentos. Mira, te subías al columpio, te abrías de piernas y una vez que recibías al macho, comenzaba un balanceo impresionante, como de un vals sobre las olas; verdadero malabarismo sexual. Observé unos minutos: caras de plesir insoportable, sudor, aceites, gemidos, etc... Al fondo, los gigantes de la mitología griega reencarnados, establecían una lucha de la que bien podría surgir otro universo. Uno de los machos, vestido por completo de cuero negro, tiraba de la cadena que cruzaba el pecho de su compañero... incrustada con anillos en las tetillas... Me impresionó, querido diario, una como latina como que aún no rebasa ciertos límites ¿no crees? Más allá, otros dos representaban la escena de Calígula que las buenas conciencias nunca hubieran imaginado; un brazo fuerte, robusto, lubricado con abundancia,

buscaba los confines de la vida, muy cerca del corazón. Salí aturdida. No puedo decirte, querido diario, qué era lo que sentía, pero creo que todo, todo, absolutamente todo. La puerta de junto llevaba a la tierra prometida: una sala más bien pequeña y dividida en reservados en cadenita. La gente entraba y salía como abejas del panal. Observé durante unos momentos el movimiento, y después, muy lista yo, me lancé a uno de los cuartitos. En el interior, lo único que podía verse era un banco de madera. Ya me estaba volviendo loca tratando de saber de qué se trataba el bisnes, cuando de pronto se me iluminó el cerebro y todos mis años se sacudieron. Y es que en las paredes había unos agujeros muy redonditos que comunicaban un cuarto con el otro. Querido diario, hay ciertas cosas que mi pudor de mujir me impide narrarte pero debo ser fiel como lo son las buenas historiadoras, sin quitarle ni ponerle al asunto ¡pero qué conflicto! Buena, pues de repente de uno de esos hoyitos que te platico, sale una verga divina: fiera, amenazante, de proporciones y formas inenarrables. Lo que hice no cabe en ninguna descripción porque mi imagen se acercaría mucho a la de una becerra de año y medio.

Salí confusa, excitada, mareada, extruñana... tenía además, muchas ganas de orinar. Localicé los rest rooms y ahí viví de nuevo la escena por la que la Santa Inquisición hubiera quemado hasta mis cenizas. Cuando me acerqué al mingitorio, no sé de dónde salió una loca, pero de la cabeza, y me pidió permiso para tomarse mis orines. Querido diario, no te espantes que la vida a veces, va más allá de lo que en tu mundo pequeño hubieras imaginado. Como puedes ver, los prejuicios contra ciertas conductas resultan risibles si comparas esas conductas con otras.

Totil que ahí me tienes orinándome en la boquita pintada de la loca.

Cuando terminé, ella se levantó muy atenta y muy amable. *Thank you* me dijo, y se fue muy salerosa y satisfecha.

Al salir del baño me senté en una de las bancas que se encontraban en el pasillo. Urgíame fumar. Yo no sé si a todo mundo le pasa igual pero ¿qué sucede cuando vives el sueño acariciado tuta la vida? Y yo estaba ahí, sedienta como si me hubiera echado de ida y vuelta todo el Sahara sin un traguito de agua y hubiera llegado de repente a un oasis. No, creo que era peor: ¡me chamuscaba todita y ahí estaban los extinguidores preparados!

Terminé mi cigarro y me lancé a la búsqueda. Crucé la zona de las regaderas y llegué al cuarto oscuro. Ahí había columnas de literas y en cada una, un dios excitado, desnudo, brillante de aceite y popers. Sentí que todo mi cuerpo se abría. Temblorosa puse en práctica lo mejor de mi repertorio y no supe ni con quién perdí. Buena, a nadie podía interesarle eso si mis manos tocaban músculos fuertes, y vergas duras y enormes que bien hubieran podido pertenecer a un toro. ¿En qué radica el sexo bien hecho, querido diario? No sé, no puedo decírtelo pero no creo que haya ningún plesir que se le compare. ¿Tú has experimentado el orgasmo alguna vez? Esa sensación de no tener cuerpo, sólo mente... y que te deja viniéndote mucho tiempo después de que te viniste... y además listo para seguir una y otra vez hasta que el cuerpo se desgasta, es como encontrarte a ti mismo para volverte a perder.

De una cama me bajé a la otra y a la otra. Por un momento pensé que iba a morir o que ya nunca en mi vida iba a tener otra oportunidad como aquella, pues esos cuerpos sólo los había visto cuando era muy niña, en las películas de romanos. Dieron las cuatro de la madrugada y ya todo mundo dormía, menos yo; era la única insaciable, la buscadora eterna del plesir. Estaba

cansadísima pero no me resignaba a dormir. Al fin, cerca de las cinco localicé la litera donde Michael también había caído exhausto. Me acurruqué a su lado. Él abrió un ojo, sonrió al descubrirme y me abrazó con ternura. Cuando abandonamos el paraíso perdido, ya eran las diez de la mañana. Afuera las calles y la gente me parecieron diferentes, también sentí que mi amor por Michael crecía, crecía, crecía...

Querido diario:

¿En ocasiones no sientes como si el tiempo se repitiera? Yo tengo esa sensación ahora. Afuera la tarde es horrenda: Brenda Berenice, criatura triste, buscadora de experiencias nuevas, eterna quimera del amor y el desencanto... ¿será posible que vaya a llorar? no no no no no ¿Sabes una cosa, querido diario? esta tarde es la misma, aquella cuando me despedí de mi madre. Después que mi padre me golpeó, me refugié en el cuarto de hospital con Iván. Pasaron muchos meses sin que mi familia me buscara. Yo continué haciendo mi vida de siempre que en aquel entonces sólo se concretaba a estudiar. ¡Me faltaba tan poco para terminar la preparatoria! Y por supuesto que no la iba a dejar. Yo quería ser ejecutiva, la directora general de una fábrica de hombres para sacarlos en serie. ¿No sería divino? ¿Me imaginas diseñando diversos modelos de machos? ¡Sería sensacional! Pienso que primero iba a elaborar los que corresponden a mí sueño: grandotes, bien hechos, con expresiones de argonautas; luego continuaría con aquellos de tipo esbelto, delgados y nalgones. Seguiría con los de color: negros, amarillos, azules, blancos y verdes. ¡Un arco iris de hombres! ¡Una saturación en el mercado de criaturas bellas! Sería alucinante, querido diario, alucinante. De esa manera ya no te daría miedo caminar por ciertas calles que te hacen sentir que paseas por el planeta de las simias. ¡Qué mal me veo a veces! por eso dicen que el infierno está alfombrado con lenguas.

Buena, volviendo de mi desvarío, te contaba que una tarde como ésta, tocaron a la puerta de nuestro cuarto. Era la figura larga y pálida de mi madre. Me impresionó, querido diario, se veía tan triste que por un momento pensé que había muerto y se trataba de su ánima en pena. La pasé y fue a sentarse en el único sillón que teníamos. No hablaba. Se estrujaba las manos nerviosamente y me miraba de arriba abajo como si tratara de reconocerse, o hubiera encontrado algo nuevo en mi persona que me hacía ver diferente. ¡Y claro que había algo nuevo: el amor! Estaba frente a una mujir enamorada, nueva, fuerte, con muchas ganas de echarse a volar como gaviota. Mitad mujir, mitad gaviota, más ni menos como Raquelita Olmedo, en la canción del mismo nombre: Al fin pudo hablar. Entonces me dijo que mi padre estaba furioso, que la vergüenza terminaba con los días que le quedaban de juventud y que prefería no haber engendrado tal monstruo. Mis hermanas pensaban lo mismo y aseguraban que de encontrarme en la calle me iban a dar de cachetadas, pues por mi culpa, ahora todos los muchachos se referían a ellas como a las hermanas del maricón. Mi madre me abrazó, lloró, hizo todo lo que se hace en estos casos, y dijo que su corazón desde siempre supo que yo sentía diferente.

Eran las siete de la tarde cuando se fue, y llovía como ahora. Esa fue la última vez que la vi, querido diario, desde entonces sólo sabemos una de la otra, por las cartas que nos enviamos.

Querido diario:

Hoy se me apareció la Sulfurosa por la boutique y me quise muruar de la imprección. No es que yo sea mala pero ella nunca podrá descollar en sociedad. ¡Es tan pobre y tan ilutsa!

Llegó con una falda estampada con manchitas de tigre y una blusa color naranja ¡qué desfiguros! para vergüenzas no gana una. Violeta estaba fúrica y casi me tragaba con la mirada por tener ese tipo de amistades. La Sulfurosa tenía la cara hinchada y un ojo morado. Ocurre que anoche se fueron ella y la Nacarada con un galán que en alguna época fue boxeador. El tipo resultó más enfermo de la cabeza que ellas dos juntas. Totil que cuando llegaron a la casa de aquél, las encerró y las amenazó con matarlas. Mis amigas chillaron y suplicaron. Te juro que nunca entendí el motivo del problema pero se solucionó muy raro: jugando al “jo jo no me dolió”. El maldito puso a una enfrente de la otra. La Nacarada tenía que darle una cachetada a la Sulfurosa, y ésta debía contestar “jo jo no me dolió”. Luego se cambiaban los papeles. En un principio, la Nacarada, toda delicadeza, le dio a la Sulfurosa un golpecito con la punta de los dedos. El galán se encabronó y le dijo que si no lo hacía bien, él le iba a enseñar cómo hacerlo. El muy perverso las quería destruir de esa forma como si con ello castigara sus propios sentimientos. Una hora las tuvo así. Mis amiguitas ya estaban con el rostro hinchado, adolorido, y continuaban golpeándose y diciendo “jo jo no me dolió”. Para finalizar el drama, el tipo las corrió de su casa enclavada en el Ajusco. Ellas salieron odiándose y ya libres, las changas se deschongaron una a la otra. Temo que nunca entenderé a la gente.

Querido diario:

Este día Violeta y yo cumplimos dos años de vivir juntas, como quien dice nuestras bodas de papel ¿verdad? El departamento de ella se ha convertido en el pozo de la soledad, más bien en el pozo de la jotería. Todas las mañanas nos levantamos a jotear. Ella pone música y yo bailo envuelta en sábanas y pensando que me encuentro en el centro de un escenario. Luego más tarde preparamos desayuno a base de nueces, uvas y agua tibia para conservar la figura.

Los vecinos no saben ni qué pensar pero afortunadamente son muy monos y no causan problemas. Sin embargo, querido diario, me siento un poco cansada pues Violeta arma una reunión cada fin de semana y hace junta de locas. Ya nada más falta que ponga anuncios en los periódicos para que todos los jotos de México se reúnan aquí. Cuando no inventa una fiesta de plantas en las que pide a cada invitado que llegue con maceta, inventa una fiesta de disfraces como si todavía tuviéramos la necesidad de disfrazarnos. Ahora anda con la idea de hacer una fiesta tipo despedida de soltera para ayudar a la chiquis, porque la robaron en su departamento. Pero no sólo son las reuniones, también el teléfono suena y suena todo el día. Hay ocasiones en que me vuelvo loca con tanto ruido. Creo que lo mejor será que piense en poner mi propia casa, porque la verdad de la verdad, no creo encontrar marido pronto.

Querido diario:

El vino de la felicidad se agota rápido.

Cuando más felice estaba disfrutando de mi matrimonio, Violeta me informó aterrada, que estábamos a punto de quebrar. Me quise murir de la imprección. Imagínate al par de locas quebradas; torcidas y quebradas. Ya me veía otra vez viviendo en la Colonia Doctores y con las medias rotas. Esa misma noche le comuniqué a Michael mi partida. “Esta muñeca se va a otra juguetería” —le escribí—. Cloruro que para decírselo puse cara de consternación y derramé lágrimas discretas y conmovedoras, pues una no es de palo, también siente.

En el tiempo que viví con Michael aprendí a quererlo, a respetarlo, no sé... a tantas cosas juntas que son las que arman el rompecabezas del amor. Él se quedó mudo por la sorprais y tuta la noche trató de convencerme de que me quedara, pero no lo consiguió. Yo estaba decidida y al mal paso, darle prisa. La vida me ha enseñado que eso es lo mejor, querido diario. Al día siguiente regresé a Mécsico Lindo. Me sentía muy triste, con ganas de llorar como plañidera, griega, pero estaba segura que nuestro amor no podía ser, era un amor imposible.

Querido diario:

La noche de anoche fue mi gran noche. Déjame que te platique para que te muras de la envidia y el berrinche por no haber estado presente. Ocurre que todas las Batichicas y demás íchimas, organizaron con todo cuidado y detalle, la coronación de la reina de la belleza para éste año. Las invitaciones en papiro egipcio y con signos góticos, anunciaban el evento de la década. Desde que recibí al heraldo, ya no pude dormir y me dediqué a desentrañar los sueños de la Bella durmiente para que me iluminaran, porque esa oportunidad no la podía perder. ¡Ay qué angustia! ¡qué desasosiego! Creo, querido diario, que toda mi dignidad estaba en juego. Imagínate, yo, hija de reina y no repetir la hazaña de mi madre, resultaría intolerable. En el certamen se iba a calificar todo: porte, elegancia, vestuario, cultura, femineidad, y no sé cuántas cosas más. ¡Ay querido diario! Me preparé rabiosamente y nada más faltó que me pusiera a estudiar clavicordio para parecer muy virtuosa. El modelito, como de costumbre, lo diseñé yo misma: un vestido de fantasía de corte gitano y elaborado con las más finas cadenas que simulaban oro florentino. Las zapatillas en dorado, las diseñó Violeta exclusivamente para mí. El maquillaje en tonos bronceados remarcaba los ángulos del óvido perfecto de mi rostro. En fin, creo que logré una apariencia sencillita y elegante, factor que tuvo mucho peso en el dictamen de los jueces.

Buena, pues palacio se encontraba abarrotado de locas Como Tú comprenderás, todas ellas haciendo alarde de originalidad y extravagancia. El gran salón, iluminado en azul y rosa, le daba al ambiente un toque muy especial. El champagne, en copas de sueño, volaba de un lado a otro. Yo, era el centro de atracción de propias y extrañas y departía monamente con todas para asegurar al menos, el título de señorita simpatía. Ahí estaban la jota y la más jota desatadas como de costumbre. Ellos son una pareja de amantes muy extraños porque más bien parecen lesbianas. Estaba también Lolita, con un corte de pelo como de retrasada mental... ¡idéntico al que luce la estrella de “La decisión de Sophie”! Estaba Aurora platicando de su departamento tapizado por completo por Christian Fersen; estaba Guille, criticando a Maura porque cambió todo su pent-house amueblado, por un abrigo; estaba el grupo de las Batichicas más bellas y guapas que nunca. En fin, estaba la mitad del mundo gay de esta metrópoli: locas, pervertidas, lilos, chismosos, machotes...

A la una de la mañana, Jacob, en riguroso smoking, inició la ceremonia y ahí te vamos el ramillete de bellas a desgastar la pasarela. A a estaba muerta de los nervios cuando me presenté: “Mi nombre es Brenda Berenice, hija de reina, nieta de general y mujir de muchos maridos. Estudio la preparatoria y me gustaría ser diplomática. Mi principal hobby son los hombres... estoy muy contenta de participar en este concurso... & love you...”

Hubo un aplauso estruendoso en la sala y yo me sentí complacida; hice una reverencia y descendí entre los acordes de “Cat’s” ¡Ay querido diario! hubieras visto el egcándalo que se

armó cuando quedamos las cinco finalistas. ¡Horror de los horrores! Cuando sentí que no podía soportar más, se abrió la puerta de palacio y entró una mujir muy peculiar, ella: vestida de reina pero paupérrimamente pobre, de tal manera que causaba más compasión que admiración. Traía un vestidito blanco, de popelina, y aunque no lo quieras creer, una corona de perlititas de plástico que contrastaba dramáticamente con la majestuosidad de las que portábamos nosotras. La ilutsa, seguramente fue invitada por alguna loca mala. Llegó hasta el estrado con cetro y corona y arrastrando su capa de terciopelo rojo. Ahí se presentó como embajadora de Guadalajara y pidió disculpas por el retraso, explicando que no pasaba el camión por Insurgentes. El público, compadecido, la ovacionó, y ella, esbozó una sonrisa de triunfo y fue a ocupar una de las sillas laterales al trono. El interrumpido concurso continuó. Los jueces, emocionando a los presentes, dieron los siguientes resultados:

Quinto lugar para Minga, señorita Chihuahua. Se llevó también el título de señorita información y difusión, porque no hay un sólo chisme que se le pase. Cuarto lugar para Elizabeth, Señorita California. Tercer lugar para Fernanda, Señorita Sinaloa. Segundo lugar para Tatis, Señorita Sonora. También fue nombrada señorita fotogénica, Señorita Simpatía, y Señorita Virtud. Por un pelo de rana y la Tatis me gana el título que desde el inicio de los tiempos me corresponde.

Querido diario:

El mundo estuvo a punto de caerse de la imprestión en aquellos momentos: En el egcándalo de una diana estruendosa, Jacob se desgarró la garganta para anunciar mi triunfo obtenido por mayoría de jotos. El público aullaba de emotción, las cámaras jotográficas me cegaban, las Batichicas se deshacían en vivas... Entonces estallé en un llanto de júbilo pero tuve buen cuidado de no tocarme el rostro con las manos porque me podía dañar el maquillaje. Y allá, entre sueños maravillosos y coloridos, escuchaba la modulada voz de Jacob anunciando mi coronación: “¡Su graciosa majestad, la reina entrante, Brenda Berenice Primera!”

Querido diario: lo único que me preocupa ahora, es que mi fotografía no vaya a salir precisamente en ¡Hola! o en Jet Set; con lo amarillista que son los reporteros de ¡Alarma! no creo que resistan la tentación de engalanar su primera plana con mi figura. De cualquier forma, es primer paso de una carrera sin freno hacia la fama.

Querido diario:

Durante meses viví de los recuerdos de Michael, necia que es una. Ya los ponía aquí, ya los ponía allá. Los encerraba en mi alahajero, los metía en la pasta de dientes, en mis perfumes, en el aparato de sonido; los traía en cada dedo como anillos de zafiro, y los arrullaba por las noches como a un bebé recién nacido. Sin darme cuenta se fueron muriendo...

Querido diario:

Hoy amanecí muy cansada, quizá porque toda la noche tuve pesadillas. Soñé que estaba en una habitación oscura de un edificio muy viejo. Yo agonizaba sobre la cama y me veía fea, vieja, pálida y muy sola. No quería morir. Llamaba a mis amigas pero nadie acudía. En la pared se encontraba una especie de altar saturado de retablos de santos y veladoras encendidas. Los ojos de los santos adquirían vida y sus caras cambiaban de expresión constantemente. Puse más atención y descubrí que la cara de cada uno de ellos, correspondía a la cara de mis amigas. Ahí estaban las once mil vírgenes adustas y arrepentidas. Desperté llorando con la angustia como gargantilla francesa; María de Las Angustias a las tres de la madrugada...

Querido diario:

Me siento extraña, no precisamente como E. T. (heterosexual), pero sí muy rara. Hoy es la primera noche que voy a pasar en mi departamento... sola... como la perra. Mira que fueron muchos meses de vivir en casa de Violeta, y mira que eran muchas las joterías que compartíamos como para que no la extrañe. Pero ni modo que siguiéramos toda la vida juntas como las siamesas diabólicas ¿verdad? Creo que por la más elemental norma de urbanidad tenía que salir. Buena, pues ya estoy aquí. No sé, pero de repente siento este departamento tan grande para mí. Tú sabes que lo arreglé con mucha ilusión haciendo derroche de buen gusto como corresponde. El detalle lo puedes encontrar en cada rincón: las lamparitas abajo de los cuadros, la alfombra persa en la estancia, el chismoso con vitrales; los lladros multiplicados, las cortinas que me tomaron ocho meses tejer; las antigüedades perseguidas por todo México, la cama de agua, y sobre todo los bronceos...

Viéndolo desde aquí donde estoy sentadita, parece enorme y raro, como si hubiera fantasmas escondidos atrás de cada planta. Sin embargo es divino, mi refugio, mi cueva... Ese disco de Juan Gabriel me recuerda mucho a Rafael.

Querido diario, no cabe duda que la vida gira más que una cuando anda ligando como loca urgida. ¿Cuánto tiempo hace que llegué a México con Iván y alquilamos aquel departamento en la Doctores? Creo que mucho, hasta miedo me da recordarlo. No quisiera volver a estar allá, aunque pensándolo bien... no sé... es muy lindo estar en un lugar amplio, bonito, pero con alguien que te quiera. ¿Te digo una cosa querido diario? Tengo miedo irme a dormir. Siento que si abro la puerta de la recámara voy a encontrar la soledad hecha gelatina; gelatina jelow y de color negro además. Pero me tengo que acostumbrar... a todo se acostumbra una... ¡menos a estar sin hombre! ¡Dios Santo, qué coyona me veo! Imagina a Brenda Berenice envuelta en regia bata de seda y temblando como pajarito. Nada más, tomo otra copita y me retiro a dormir. Sería tan lindo dormir en el apapacho de un panucho, pero tal parece que la crisis acabó con ellos como si fueran productos de importación...

Querido diario:

¿Cuál crees que sea el fin de mi vida? ¡Ay yo no sé! Supuestamente cuando una nace ya tiene un camino que seguir y una función que cumplir en la vida. Pienso, después de tanto tiempo, que la mía fue jotear, enormemente, sufrir y volver a comenzar. ¿Crees que haya algo más? Yo no lo sé, lo juro, lo juro, lo juro. Mi vida, querido diario, hasta ahora ha sido muy normal, muy repetitiva sin que ocurra nada que sea extraordinario. Se reduce a relaciones efímeras con muchos hombres. A lo mejor cuando muera voy a recibir mi doctorado en la siguiente especialidad: “Brenda Berenice, especialista en las ciencias del hombre”.

Claro que cuando comparo mi existencia con la de Margarita Gotier, o Santa, o Julieta, o Cleopatra, me siento pequeñita. Entonces me hubiera gustado que de mí se dijeran grandes cosas también, una historia diferente, qué sé yo. Quizá la historia de una loca que tomó las armas — muy revolucionaria ella— y al grito de “¡Estas uñas sí se ven!” juntó a todos los jotos del país para formar una comunidad aparte. Quizá también podría ser el motivo de una leyenda espeluznante: el 31 de diciembre de 1999, Brenda Berenice, hija de reina y nieta de general, casó con el primer marciano que llegó a la tierra, iniciando de esa manera, la proliferación de una estirpe insólita. Pero... ¡Ay, querido diario! sólo soy una loca que se inventa muchos sueños, amores y relaciones, mientras diseña los modelitos que más tarde habrán de usar las mujeres más locas que ella. Entonces, quizá a lo más que puedo aspirar, es a una segunda versión de *Simplemente María*. ¡Horror de los horrores! No no no no no no.

Querido diario: olvido mis pretensiones de figurar en la historia; soy sólo una mujiiir como cualquiera...

Querido diario:

Cuando Iván concluyó su servicio social, yo también terminé mi preparatoria. Entonces decidimos trasladarnos a la Ciudad de México porque aquella vida en el pueblo, no era vida. Todo mundo murmuraba de nosotros y nos miraban muy raro. Te juro que cuando estábamos en la estación de autobuses vestidas con propiedad para un largo viaje, tenía miedo a que llegara la chusma y nos corriera a pedradas como si fuéramos Marías Candelarias. Por fortuna no pasó el bochornoso incidente y muy tranquilitos nos marchamos. Qué alivio cuando se encendieron los motores del autobús y más aún cuando el pueblo comenzó a desdibujarse a lo lejos, triste, melancólico, guardando en el baúl de los recuerdos los sueños de una adolescente que se iba siguiendo a su hombre. Cada vez que escucho la canción *Es mi hombre* interpretada por Saritísima Montiel, me acuerdo mucho de mí en ese día tan especial.

¡Cuarenta horas de viaje para poder llegar! Imagínate a una futura reina en el ajetreo de un autobús y sin poder dormir: ya ponía mis piernas aquí, ya las ponía allá. La vieja espantosa que iba en el asiento de enfrente me regañó diciendo que parecía gusana. Odié a la maldita por incomprensiva. Iván en cambio, ni se inmutaba. Yo lo tomaba como almohada, cobija y cama. Él iba feliz sin dejar de sonreír nunca, pensando, supongo, en los días de azúcar que planeaba devorar a mi lado.

Querido diario:

Ya estoy hirta de tantas mentiras y truenos. ¿Qué hace Brenda Berenice día tras día?... pues nada; oír las mentiras que dicen los hombres, sólo mentiras y más mentiras. ¿Es que no saben decir otra cosa? ¿Qué necesidad hay de estar con boca de esfinge vomitando falsedades todo el día y engatuzando gente?

Querido diario, no es que esté de histérica, pero ya no aguanto más. Estoy hirta, hirta, hirta y cansada. Y déjame que te cuente Limeño que no sólo entre las gays hay visionudas, también los bugas arrastran una cola más larga que la del dragón que se quería echar a San Jorge. Así pues, noche tras noche, día tras día se rompen relaciones, y el basurero de la ciudad está lleno de amores en pleno estado de descomposición. Los motivos son tantos que necesitaría las siete reencarnaciones que me quedan para clasificarlos, y tampoco voy a estar de archivista de la humanidad sin sueldo ni recompensa.

Que si la posición económica es diferente.

Que es mucha la diferencia de edades.

Que la pareja es muy celosa.

Que los conflictos no cesan.

Que la tiene muy grande.

Que la tiene muy chiquita.

Que no hay hijos en el matrimonio.

Que te conocí yo estando casada.

Que te quiero pero me siento confundido.

¡ME ESTOY VOLVIENDO LOCA!

¡Señores y Señoras, no nos entendemos! Creo que sería mucho mejor, querido diario, que nos casáramos con muñequitos de peluche o con pósters y que ya no nos metiéramos nunca más, humanos con humanas; total que el problema no tiene solución. Ahí tienes a Sor Juana quejándose amargamente que ella quiere a Favio, y Favio ve tú a saber a quién diablos, menos a ella. Te juro que si la sublime musa aún viviera, todavía estaría chillando. Entonces —digo yo— ¿para qué me quejo si este pelado o aquel príncipe me dejaron? Si a Sor Juana no le hicieron caso, ¿qué esperanzas tengo yo? Dime: ¿qué esperanzas?

Buenas Noches.
Tuyita

Notas

[←1] García Lorca.